



LA AMENIDAD

BOLETIN SEMANAL DE ILUSTRACION Y RECREO

LOS MISTERIOS DEL BOSQUE VIRGEN, POR LUIS BOUSSENARD.

TRADUCCION DEL FRANCÉS POR ALFREDO GARCIA LOPEZ.

La proposición del primogénito respondía sobradamente al deseo de cada cual para que fuese rechazada. La hacienda quedó al cuidado del Boni Angosso, siempre vigilante, siempre fuerte «convertido en maipuri», con su mujer, la buena Ageda, y una tribu de negritos, nietos suyos, procedentes de la unión de sus hijos Lomi y Bachelika con dos mujeres de su tribu.

Embarcáronse en dos hermosas piraguas conducidas una por Lomi y otra por su hermano alternativamente remanidos en el manejo del pagay por los cuatro europeos; hicieron alto en la orilla derecha del Maroni instalándose bajo los grandes árboles, mientras pasaba el sofocante calor del día.

Enrique acababa de leer por centésima vez y en alta voz la carta de su hermano, y al llegar al relato del conmovedor episodio con que terminaba, brotaron lágrimas de todos los ojos. Lomi, de centinela en la copa de un ébano cubierto de doradas flores,

escribía atentamente la inmensa superficie de agua, brillante como un río de metal fundido.

La señora Robin fué la primera en romper el silencio que siguió á la lectura de la carta.

—Tardan mucho Carlos y Nicolas—dijo con su dulce voz, y mirando distraídamente al gigantesco río sobre cuyas aguas reverberaba el sol.

—Me devora la impaciencia y me siento ahogada por la angustia. Por más que trato de sobreponerme á esta dolorosa inquietud, no lo consigo.

—Querida madre—respondió Enrique con triste acento—desecha esas ideas. ¡Es tan largo el viaje desde Francia!

—Ya sabes—continuó Edmundo—que en un trayecto de tanta duración surgen numerosos obstáculos, aunque la navegación esté exenta de peligros. El viento contrario ha podido entorpecer la marcha de los taponyes....

—Suponiendo—interrumpió Eugenio, que conti-

maba tan travieso como antes, á pesar de sus veintiseis años y de su magnífica barba oscura—suponiendo que Carlos haya empleado ese sistema de navegación, semejante á la marcha de las tortugas.

—Mira, mamá; una tortuga de mar corre más que una taponye.

La salida de su hijo no dispuso la tristeza de la señora Robin.

—Á no ser—prosiguió el joven—que hayan tenido la luminosa idea de embarcarse en el *Dieu Mercé*. No pretendo calumniar á la Compañía, que hace los más laudables esfuerzos para agradar á los pasajeros; pero los retrasos de esa apreciable diligencia de agua salada, son á veces sumamente largos. Además, cuando el *Dieu Mercé* llega á Mana en sábado, el buen capitán Metzo se complacía pasando en tierra toda el domingo. Esto determinó un retraso de veinticuatro horas, y en ocasiones, de treinta y seis. Sucede también que el vapor se destruye el casco en las rocas ó introduce su proa en la arena. Recuerda nuestro último viaje á Cayena y las peripecias que amenazaron el regreso.

Es posible, por último, que nuestros viajeros no encontrasen en San Lorenzo ninguna embarcación dispuesta á zarpar. Observa cuán vasto es el campo de las hipótesis, sin que sea preciso alarmarse por una tardanza que se explica muy fácilmente.

—Pero no ignores, hijo mío, que no se puede combatir una ansiedad vaga, difícil de ser formulada é incapaz de ser definida. En vano apelo á los razonamientos, y aumento mi angustia por más que hago. Sabes que no soy pusilánime y que la vida de los bosques me la fortaleció.

Aquella intranquilidad, muy natural en el instante supremo en que la familia iba á reunirse después de una prolongada ausencia, hizo impresión á Robin. Su rostro permaneció impassible; pero la ansiedad se comunicaba inconscientemente á su alma. No podía estar inmóvil. Hubiera querido ir más lejos, aprehender el mango de un pagay, volar sobre las aguas y recorrer aquella distancia, que tenía motivos para suponer muy corta. Desgraciadamente, la hora y el estado de la atmósfera no permitían continuar el camino. Era indispensable seguir en tierra lo menos hasta las tres.

Eugenio había callado. Edmundo no tenía nada que decir. Cada cual buscaba, aunque inútilmente, un medio de divertirse. No tardó en presentarse uno espontáneamente. Oyóse detrás de los bejucos el grito de un pájaro, más bien inquieto que asustado: *o; Marray!.....; Marray!.....*

Los instintos del cazador se revelaron al punto en Enrique, el cual tomó una escopeta de dos cañones, de pistón y de grueso calibre, comprada en Cayena, y la cargó rápidamente. Al ruido de las llaves sucedió un brusco rumor de alas, y dos grandes pájaros atravesaron el claro volando con la velocidad de un proyectil.

Sonaron dos tiros, y otros tantos marrayes cayeron al suelo, heridas por el hábil cazador. Á la lejana se oyó una detonación como si respondiese á los disparos del joven.

Aun cuando este incidente no es raro en el Marañón, que es la gran vía de comunicación con la Alta Guayana, es ménos común de lo que pudiera creerse. El inmenso camino que determina, está surcado por gran número de piraguas, tripuladas por números que se trasladan á los *placares*, llevando provisiones. Estos viajeros tienen demasiado ocupada su atención para ponerse á accechar con la fuerza del sol una presa ausente, y los negros, dedicados á la maniobra, no sienten deseos de cazar.

Por esta causa no suelen tiros más que los dominicos en las cercanías de los *placares* y de las plantaciones. La detonación que acababan de oír los Robinsones era ménos sonora que un disparo de caratúna; pero tenía más volumen. Parecía el estallido sordo de una mina fuertemente cargada. El gran conocimiento que tenían de todos los ruidos del bosque les surgió esta reflexión.

Eugenio no participaba de las mismas opiniones y pretendía que su hermano y Nicolás, llenos de alegría al volver á su patria de adopción, anunciaban su llegada con descargas cerradas. Nadie apoyó esta idea; pero Eugenio, que tampoco traía lo que acababa de decir, y queriendo dar treguas por un momento á la preocupación general, se puso á discurrir con pintoresca verbosidad consiguiendo tranquilizar algo á su madre.

—Vamos á saber la verdad—dijo Robin.—Comienza á declinar el sol. Pronto podremos desafiar sus rayos cubriéndonos con hojas de caña-carro.

En último caso, y puesto que la inacción nos abruma, no encuentro motivo para dilatar la partida.

Un momento después se hallaban colocadas á popa de las embarcaciones dos ligeros cobertizos: largáronse las amarras, y los Robinsones se pusieron en camino. Lami y Bacheliko, con la cabeza descubierta, á pesar del sol, insensibles, como verdaderos hijos de los bosques, á los rigores del astro ecuatorial, bogaban con vigor desde dos horas antes, cuando el primero sacó bruscamente su paleta de madera suspendiendo su movimiento. La piragua continuó su marcha durante algunos minutos, y luego se detuvo.

—¿Qué hay, Lami, qué ocurre?—preguntó Robin.

—Muchas cañas, allí, junto al arroyo.

—¿Distingues caños y un arroyo, Lami?

—Sí, señor. Vos no podéis ver nada, porque estáis sentado.

—Vamos hacia ese sitio.

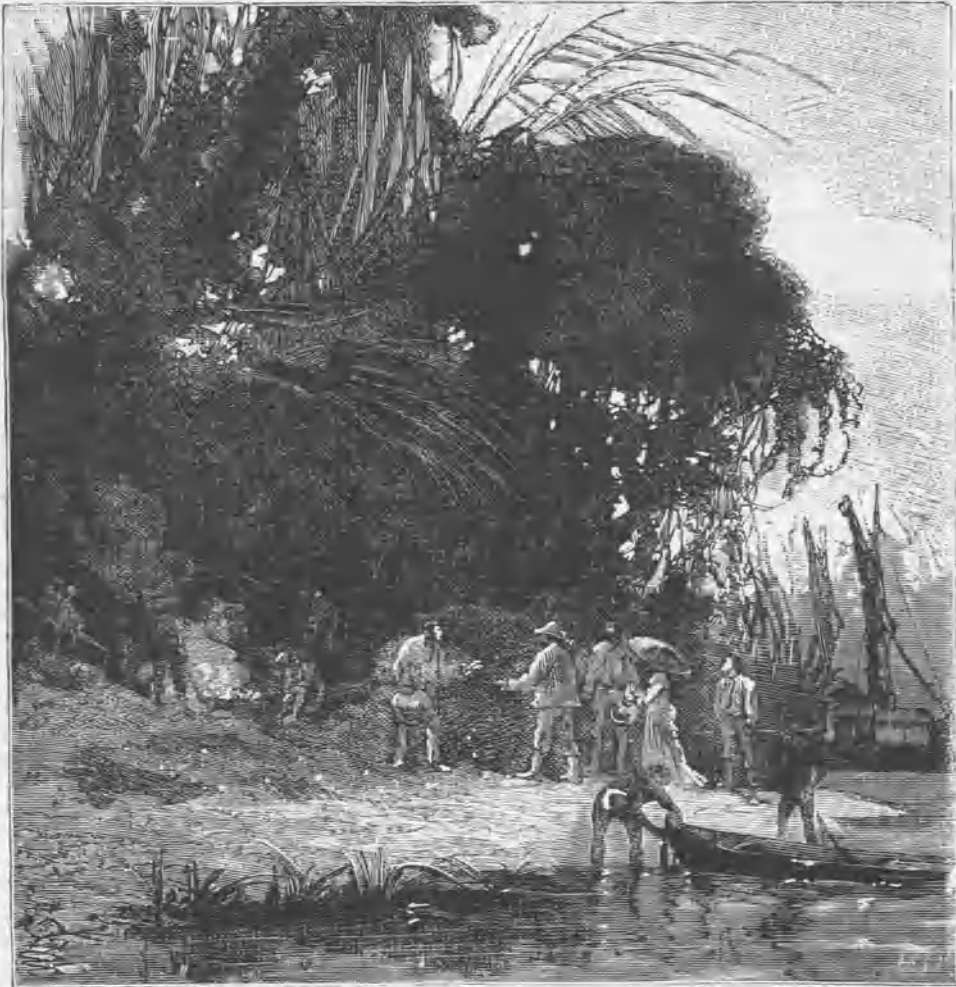
—Es verdad—dijo Enrique, que se había levantado muy despacio temiendo imprimir oscilaciones á la débil embarcación.—Á nuestra derecha descubre una pequeña abertura, por la que debe desembocar un arroyo y media docena de caños, inmóviles, á poca distancia de la orilla.

Al oír aquella noticia, todos los corazones palpitaron; y con el objeto de acelerar la marcha, asieron los tres jóvenes otros tantos pagayes, manejándolos con un vigor que demostraba el deseo que tenían de llegar.

Media hora despues estaban á la vista de cuatro embarcaciones, pesadamente cargadas; dos cascos bonies con dos grandes caños, cada una provista de un mástil y de unas diez toneladas de porte. En la tierra había un campamento; la comida se preparaba en unas hogueras y los hombres que componian

las tripulaciones, en número de diez, pasaban tranquilamente las horas de la siesta. Eran ocho negros y dos blancos.

Los Robinsones se acercaron á los extranjerros, que les dieron la bienvenida con mucha afabilidad. Iba el ingeniero á interrogarles, cuando uno de los



Los Robinsones se acercaron á los extranjerros.

blancos se levantó rapidamente al verle, dando nuestras de una violenta emociion; á pesar de los abrasadores rayos del sol, se descubrió con respeto, exclamando:

— ¡Señor Robín!

Robín miró asombrado á aquel hombre cuya fisonomía y cuya voz no conocía.

— ¡Oh! ¡Señor Robín! ¡Cómo! ¿Tengo la dicha de volver á veros despues de veinte años de ausencia? Ya no me reconocís. Se comprende. He cambia-

do mucho. Mi barba está casi blanca, y mi rostro marchito como el de un viejo. ¡He trabajado y he sufrido tanto!... ¡Ah! Procuré buscaros en 1859 cuando tuve noticia del decreto de amnistía. Fuí al valle del pobre Casimiro. Ya no estabais; sin duda eráis libre.

Un recuerdo se despertó entónces en la memoria del ingeniero.

— ¡Gondet! ¿Sois vos, mi buen amigo? Tampoco yo os he olvidado. Si el cambio producido por el

tiempo en vuestra fiscomoda ha podido engañarme un momento, el recuerdo de los servicios que me habéis hecho no me ha abandonado jamás.

— Sois muy bueno, señor Robin, y os digo con toda mi alma que me tenéis, como siempre, á vuestras órdenes.

— Os lo agradezco sinceramente, mi querido Gondet, y empiezo á usar de vuestro ofrecimiento.

— ¡ Tanto mejor ! Pedidme algo imposible.

— Luego hablaremos. Por ahora, decidme de quién son estas canoas.

— Ambas me pertenecen. Desde que recobré mi libertad hago el servicio de transportes de San Lorenzo á Hermína; llevo provisiones á los mineros (1) y traigo la producción del mes. Sé la que os trae por aquí.

— ¡ Imposible !

— Sí, señor Robin. Vais á pedirme noticias de dos viajeros procedentes de Francia. Uno de ellos es joven y el otro tendrá unos cuarenta y cinco años.

— Eso es. Decidme pronto en dónde están.

— El más joven lleva vuestro apellido. Lo lei en las cajas que les pertenecen, y he pensado que sería hijo vuestro. Se os parece mucho. Sin embargo, no me atreví á preguntarle. Esperaba conducirle al punto de su destino á fin de hallarlo. Esta mañana se encontraban aquí los dos, y partieron al salir el sol para reconocer un terreno aurífero, de que son concesionarios.

— ¡ Mi hijo está aquí ! — exclamó la señora Robin sin poder contenerse más tiempo. — Gracias, señor, por tan buena noticia. Vamos — dijo á su marido.

— ¡ Oh ! señora — repuso Gondet en voz baja. — No podríais alcanzarlos. Van en una canoa construída con arreglo al modelo de nuestros cascos bonics, y el señor Carlos, que la ha traído de Europa, se halla muy lejos de este sitio.

— ¡ Qué importa ! Nos acercaremos más á él.

— ¿ Y qué embarcación es esa que puede rivalizar con nuestra piragua tripulada por nosotros ? — preguntó Enrique desarrollando su poderosa musculatura.

— Es, según dicen esos señores, una *canoas de papel*, inventada por los americanos y construída en Inglaterra. Tiene una maquinilla de vapor con una hélice. Pesa unos ciento veinte kilogramos y corre como una gaviota. Les he visto salir, y os aseguro que al paso que llevaban ya deben hallarse más de quince leguas. Han prometido estar de vuelta mañana por la tarde, y tengo orden de esperarles aquí.

— ¿ Es decir que ese cargamento es de mi hijo ?

— Completamente. Llevo más de quince toneladas. Hay de todo, ron, hachas, machetes, vino, semillas, instrumentos para la agricultura, batideras para

(1) Esto debíelo, aunque parezca inverosímil, es rigorosamente cierto. La historia del transportado Gondet es igualmente verdadera, pero he creído prudente no habitar su nombre. Hay os libro. Yo he tomado pasaje en una de sus embarcaciones. Todos los meses conduce el oro de los *pitrecas*, llevando á San Lorenzo, por término medio, veinticinco, treinta y cuatro kilogramos de metal, que representa un valor de sesenta y cinco mil á ciento veinte mil francos.

mantea, lavadores de oro perfeccionados, mercurio, martillos movidos por vapor que se desmontan en varias piezas, cada una de las cuales pesa veinticinco kilogramos, así como las restantes de la máquina.

— Pero ¿ traéis una máquina ?

— Sí, señor; una maravilla inventada, según esos señores, por un parisiense llamado Debayeux. Esas dos cajas con aros de cobre, ferradas de zinc, que veis allí, contienen la dinamita. ¡ Qué magnífica explotación podéis instalar con todos esos accesorios !

— Si queréis trabajar con nosotros, Gondet, tendré mucho gusto en proporcionaros una ocupación lucrativa. Necesitamos hombres enérgicos, honrados y familiarizados con la vida de los bosques. Aceptáis, ¿ no os es cierto ?

— Me honrais demasiado, señor. Soy feliz al pensar que desde ahora voy á permanecer á vuestro lado.

— ¿ Sabéis Gondet — dijo de pronto el ingeniero, como admirado por un hecho extraordinario — que acabáis de realizar una verdadera hazaña sabiendo hasta aquí por el Maroní con embarcaciones de ese porte ?

— Toda la gloria pertenece á vuestro hijo. Yo no hubiera detenido delante del salto Hermína, pero el señor Carlos es como vos, y no retrocede por nada. Para él no existen imposibles. — ¿ Qué es eso ? — me dijo. — ¿ Pensáis estar aquí indefinidamente ? — ¡ Caramba, señor — contesté — no teniendo alas, ó no verificando el trasbordo á las piraguas, en cuya operación emplearíamos dos días por lo ménos, no encuentro el procedimiento para salvar el salto de agua. — ¿ No os acordáis de mi canoa de papel y de su máquina ? Remolcaríamos todo esto y en muy poco tiempo. — Dicho y hecho. El barquichuelo se encabló sobre la manga de agua del salto, y las piraguas auxiliares su impulso; en una palabra, tanto y tan bien se tiró de las amarras, que pasamos sin avería y sin haber quitado cien gramos de cargamento.

Los Robinsones oían con el mayor asombro la relación de las proezas de su hermano, y no pensaban más que subir por el arroyo para ponerse en su busca.

Su madre, á pesar de hallarse más tranquila con las afirmaciones de Gondet, reiteró la petición á su marido, el cual dispuso los preparativos de marcha.

— Quedaos aquí — dijo el patron de las canoas. — Creo que en el camino encontraremos á nuestro hijo y á su compañero.

Dió la señal de partida, y los dos piraguas se internaron rápidamente en el arroyo que se dirigía hacia el Oeste, y formaban, por lo tanto, un ángulo recto con el Maroní.

Ya hacía algunas horas que bogaban y debían haber recorrido una distancia considerable. Enpezaba á declinar el día, y era necesario prepararse para establecer el campamento.

Los Robinsones acordaron navegar el mayor tiempo posible, y aceleraban el movimiento de los pagayos.

Súbitamente llegó á sus oídos una especie de ruido sordo y continuado.

Detuvieronse un momento algo turbados, sin allí-

vinar la causa de aquel ruido, que aumentaba por instantes.

De repente pareció que el arroyo se redondeaba en su cauce, como si éste se estrechase. Aumentó la velocidad de la corriente, comenzando á subir el agua de un modo amenazador.

— ¡Firmes, hijos míos! — dijo el ingeniero con voz traspuesta. — Firmes y adelante. Es la inundación.

CAPÍTULO V.

Audiendi, audiendi et semper audiendi. — Proyecto de un hombre de genio. — Lo que se podría hacer de un territorio de 18,000 leguas cuadradas. — Los Robinsones convertidos en buscadores de oro. — El establecimiento de la *Francia Equinoccial*. — Diecientos kilogramos de oro valen seiscentos mil francos. — Minereros y ganaderos. — Las ganaderías guayanenses. — El ganado en el Paraí. — Las mil vacas gordas de la tierra de promisión. — Pielos rojas y tejemas. — Carrera en pliegue. — La risa de los caminantes. *Fretos de angustia y un desparo.*

Se recordará la colerosa arenga dirigida en otro tiempo por Robín á sus hijos, cuando al saber que era libre resolvió dedicarse por completo á la prosperidad de Guayana. Sacar de su atraso aquella inmensa comarca, infundir sangre jóven en aquel organismo debilitado antes de haber vivido, extraer de su suelo las riquezas que contiene, explotar los terrenos para procurarse allí mismo los medios de subsistencia, crear relaciones comerciales é industriales y convertir, en una palabra, la colonia francesa en rival afortunada de su vecina la colonia inglesa, tal era el vasto proyecto á cuya realizacion queria consagrarse.

Tan grande empresa exigia, para ser llevada á cabo, los alientos de un gigante. Un extraño que conociera las secretas esperanzas del ingeniero y los medios de que disponia, le hubiera calificado de loco.

¿Cómo! ¿Aquel aventurero, que el día ántes era un desterrado sin patria, que durante quince años no habia tenido comunicacion alguna con el mundo civilizado; pretendia, mediante el escaso auxilio de cinco blancos y tres negros, acometer al coloso hasta entónces invencible? ¡Iba á intentar lo que no habian podido conseguir opulentas compañías y gobiernos poderosos. De aquel viejo barro primitivo, de aquel alúmeno sin fondo que durante dos siglos y medio ha devorado tantas existencias, haria surgir el oro y la sangre de los colonos muertos por la fatiga. Vengaría á las victimas de Koukou, transformaría el osario equinoccial en campo fertilísimo y salvaría á la Guayana por ella misma.

¿Qué locura! se dirá. Locura, sí, pero locura sublime, hasta el día en que el antiguo mundo, estupefacto al ver aquella suprema audacia coronada por el éxito, diga: «El loco era un hombre de genio.» Y es que, así como la gota de agua horda la piedra y lo infinitamente pequeño domina á lo infinitamente grande, la idea constante desgarró las tinieblas de la ignorancia y el trabajo de todos los instantes no reconoce obstáculos.

El espíritu del gran Malouet, que se cierne siempre sobre aquella tierra desconocida, debió commoverse por la alegría cuando Robín, levantando segu-

rosamente su cabeza, dijo á la Guayana: «Para los dos.»

El ingeniero conocia á fondo la zona equinoccial; lo pasado no tenia secretos para él. De la accidentada historia de nuestra colonia habia sabido sacar toda clase de enseñanzas filosóficas y económicas. Lo presente le importaba poco y hacia abstraccion de ello para no pensar más que en lo porvenir. Aquel soñador, lleno de audacia, era un profundo calculista. Respecto de la Guayana no tenia ocupacion alguna y, lo que acaso parezca más extraño, no abrigaba ilusiones. Juzgaba fría y sanamente la situacion sin exagerar las esperanzas ni las dificultades.

No tardáronos mucho tiempo en verle ocupado en realizar su idea.

Dos causas esenciales, habia dicho á sus hijos y á Nicolas, han impedido consumir la obra de colonizacion intentada desde la expedicion del capitán La Ravardiere en 1604. Por una parte la diseminacion de fuerzas, grandes ó pequeñas, llevadas á aquel punto del continente americano; por otra la insuficiencia de las provisiones. Es indudable, en efecto, que la defectuosa organizacion de Guayana, con sus veinticuatro mil habitantes diseminados entre el Oyapock y el Maroni (1), tiene su origen en los establecimientos de los jesuitas, á cuyo alrededor se agrupó la poblacion indígena, numerosa entónces. Sin las misiones de la isla de Cayena, de La Comité, de Approuague, de Oyapock, de Koukou, de Sinnamary y de Connamara, es probable que los colonos se hubieran aglomerado en algun punto escogido en la isla de Cayena. Comprenderéis, mis queridos hijos, que no se necesitan largos razonamientos para convencerse de que esta dispersion de fuerzas activas, en tan inmenso territorio, debia producir deplorables consecuencias. Los establecimientos, privados de comunicacion, impotentes para prestarse auxilio, tenian que sucumbir inevitablemente. Y, sin embargo, hubiera sido asunto sencillísimo el de encontrar en un punto de fácil acceso todas las expediciones enviadas desde la metrópoli, trabajando para perfeccionar á toda costa una instalacion, aunque mala, y no dejar que se perdiera ningún átomo de fuerza. De este modo consiguió Pedro el Grande transformar los pantanos del Neva, improvisando la admirable ciudad que lleva su nombre.

— Continúo y paso á la cuestion de subsistencias, peor entendida todavia, y que por lo defectuoso del sistema fué causa ocasional de todos los desastres. Todas las expediciones no han llevado al salir de Francia más provisiones que las necesarias para la travesía. Ninguno de los organizadores se dió cuenta de que Guayana no era al principio un país productor, y que, á pesar de su fertilidad, se necesitaba improvisar la manera de atender á la alimentacion de los inmigrantes. El Bosque Virgen, que despues del desmonte rinde el 500 por 1, no puede, de la noche á la mañana, dar yuca, especias, café, cacao, algodón,

(1) La distancia entre estos dos puntos extremos es de 320 leguas. Tomando por límite hacia el interior el Rio-Blanco, afluente del Amazonas, la superficie triangular de la colonia tiene próximamente 18,000 leguas cuadradas.

caña de azúcar. — ¿qué sé yo? No solamente crecen con lentitud esos preciosos artículos alimenticios, sino que, y esto lo sabemos muy bien, los grandes bosques, con sus estériles magnificencias, son incapaces de proveer á las necesidades de un cazador, enanto más á una aglomeración de colonos que no están habituados á la vida de aventuras. Es preciso comer mientras se ejecutan los desmontes; y si no se ha tenido la precaución de suministrar abundantes víveres á los obreros, trayendo de fuera todo lo indispensable, pronto se declara el hambre, el hambre con su terrible séquito de enfermedades y de malos consejos que puede sugerir á sus víctimas, cuyas entrañas resuerce. Á las consecuencias de ese inconcebible abandono es á lo que deben atribuirse los desastres que han arrojado el deserción sobre nuestra Francia equinoccial. Las epidemias, las fiebres, las sublecciones, el robo, las exacciones á los indígenas; ¡qué había de suceder entre hombres que se morían de hambre! Lo primero que debió hacerse fué preparar convenientemente los puntos que debían ser colonizados, construir albergues, y sobre todo, introducir ganado. Si las plantaciones, en vez de estar esparcidas por todas partes, se hubieran concentrado en la isla de Cayena, el Tom-de-Pile, Bourra y las costas de Macurá, donde hay tierras fértiles y bosques de todas clases, el resto de la colonia hubiera sido provisto de bueyes importados de Europa, y su carne sería la base de la nutrición de los colonos, como sucede en Venezuela, en el Brasil y aun en París, á pocas leguas de nuestro Oyapok. La introducción de ganado ha sido la causa única de la aclimatación de los blancos en ese país, hoy tan poblado, mientras la Guayana vegeta reducida á la ración invariable de cocos y de pescado seco. Ya que los azules de la suavia nos han arrojado á las orillas de este gigantesco río, que desconoce el mundo civilizado, hagamos aquí lo que nadie ha podido realizar todavía en otros puntos del territorio. Fundemos la colonia modelo del Maroni. Somos muy pocos en número, pero poseemos la insuperable ventaja de estar acclimatados y el conocimiento profundo de los peligros y de los recursos de nuestra patria adoptiva. Hoy tenemos lo necesario para alimentar á centenares de individuos. El hambre está vencida, y con ella dominado el enemigo más implacable de la colonización. No pretendo improvisar con nuestras fuerzas solamente ese lugar de producción que la civilización reclamará bien pronto. Aun cuando viviéramos cien años más, serían insuficientes nuestras existencias. Vamos á crear el elemento indispensable para el éxito. Cuando tengamos en la mano la herramienta, entonces resolveremos. El suelo ofrece aquí plétora de oro. Puesto que el oro es el gran motor, el único motor de los esfuerzos humanos, hagámonos ricos. Somos buscadores de oro. En cuanto haya reunidos algunos centenares de milos de francos en lingotes, se fundará la colonia la *Francia equinoccial*. He dicho, ¡Manos á la obra!

Esta segunda transformación que cabaló á los colonos en míseros, fué un juego para los Robinsones de Guayana ayudados por los tres Bonis, cuya profunda adhesión y cuyo vigor colosal hacían ser preciosos

auxiliares: Robin, sus hijos y Nicolas construyeron aparatos para lavar el oro registrando sin descanso, el lecho de los arroyos de la inmensa cuenca. Los indios habían recobrado sus costumbres nomadas. El ingeniero alcanzó, sin embargo, una gran victoria, limitando el perímetro de sus correrías á un espacio bastante reducido. Se podía contar con ellos siempre que era preciso dar una embestida al bosque echando abajo gran cantidad de árboles. Los Pielos Rojas consultan sin ninguna repugnancia en hacerse leñadores y en desembarazar de vegetales las tierras que debían ser lavadas. Aquel gérmen de vida saltaría y de producción era pequeño, pero no carecía de importancia.

Los esfuerzos de los primeros dijas, estériles al parecer, no desapianaban á los intrépidos trabajadores. El rendimiento de los primeros lavados dió una cifra irrisoria, y se necesitaba toda la energía de aquellos valientes para no abandonar un trabajo tan poco remunerador. La escasez persistió durante meses enteros sin que su constancia se quebrantase. Al fin tuvo su recompensa aquella perseverancia. La producción que había permanecido estacionaria en algunos centenares de gramos, subió hasta cuatro kilogramos en el cuarto mes. Al cabo de un año poseían unos treinta kilogramos de oro, ó sean noventa mil francos.

El segundo año fué mucho más productivo. El término medio igualó al del primero; mas cierto día tropezaron con una *bata*, como dicen los míseros, obteniendo cerca de veinte kilogramos en un mes.

Mientras esto sucedía, Louis y Bacheliko se ausentaron durante dos meses yendo á Cottica, la gran aldea Boni. Cada uno volvió con una mujer y cuatro jóvenes de la tribu, unidos á su nueva familia. La llegada de aquellos robustos trabajadores fué un acontecimiento para la nascente colonia. En la misma época, Nicolas y Enrique bajaron á Saint-Laurent embarcándose para Cayena. Robin había juzgado que era conveniente regularizar la situación bajo el punto de vista del derecho de poseser el territorio explotado por la sociedad, y aunque no tenía motivo alguno para ocultarse, quiso que la concesión se hiciera á nombre de Enrique. El joven se trasladó con Nicolas á la Dirección del Interior, y obtuvo, mediante un impuesto de ocho céntimos cada hectárea, una concesión de diez mil hectáreas con el derecho de criar ganado y extraer oro.

¡Era la primera vez que, después de doce años, volvían á ver la vida civilizada! Cuántos acontecimientos se habían realizado en aquel largo período! ¡Oh qué avidéz revolvió los estantes de las librerías, cuyos duques contemplaban asombrados aquel ardor de unos míseros! Proveyéronse igualmente de una gran cantidad de armas, municiones, instrumentos, efectos de equipo, y compraron medicinas, sin olvidar una buena cantidad de mercurio, que debía duplicar la producción del oro.

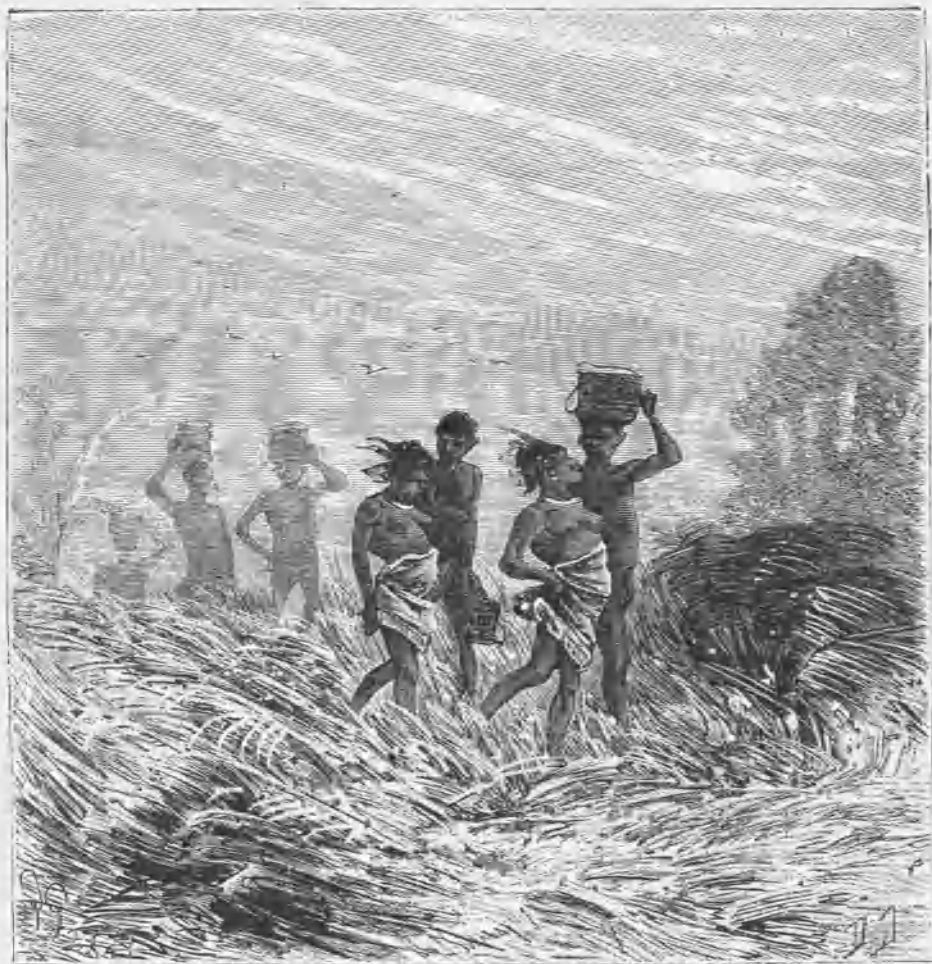
Regresaron al establecimiento y desplegó cada uno tal actividad, que antes de transcurrir el tercer año se elevaba el peso del metal á la enorme cifra de doscientos kilogramos.

Este número no debe asombrar á nadie. Los Robin-

sones, que verificaban la explotación ellos mismos, no tenían que hacer esos enormes gastos tan gravosos á los *placeros* que á veces representan hasta el cincuenta por ciento de la producción efectiva. Además, habían hecho notables reformas en sus instrumentos,

gracias á las cuales podían realizar toda clase de economías.

Con aquella suma de seiscientos mil francos tan honradamente ganada, hubieran podido retirarse á un país civilizado y hacer, como el vulgo dice, un buen



Cada uno volvió con una mujer.

papel. Pero el ideal que perseguían era mucho más elevado. Consideraban aquel oro como un depósito, y lejos de distraer una partícula en provecho suyo, no habían aumentado en lo más mínimo sus gastos ni su habitual comida.

— Basta, hijos míos — dijo entonces el ingeniero. — Disponemos hoy del elemento esencial para la colonización, el instrumento, como ya os he dicho. Ahora, tenemos que ejecutar muchas cosas antes de introducir aquí los brazos que han de transformar este suelo. Creo que no ha de transcurrir mucho tiempo sin que tengamos lo necesario para alimentar á los

inmigrantes que veagan. Ha llegado el momento de la transformación de los mineros en criadores de ganado. Procedamos siempre con método, é instalemos antes de la llegada de las resas de cuernos, los emplazamientos para recibirlos. Después, y como en Guayana no hay ganado vacuno, iremos á comprarlo á Para. Flecharémos una goleta, y si por casualidad encontramos algún vapor en la rada, le utilizaremos. No importa gastar dinero; lo importante es ir de prisa.

La energía de los Robinsones había triunfado de todos los obstáculos venciendo á los malos tiempos.

La nueva posesión, que no tardará en ser conocida, tenía á ménos de tres kilómetros grandes sabanas cubiertas de una espesa hierba parecida á la que crece en las costas y se conoce con el nombre de hierba de Guimón. La *hatterie* estaba hollada (1). Podían pastar en ella más de diez mil cabezas de ganado.

Robin decidió ir él mismo á Para á fin de verificar aquella importante adquisición. Marchó en compañía de Edmundo y de Eugenio, locos de alegría, como estudiante en vacaciones, al pensar en el viaje. La interminable travesía de Cayena á Belem, por lo común entorpecida á causa de la corriente y de los vientos contrarios, se verificó sin dificultad, aunque con infinita lentitud.

El ingeniero tuvo la suerte de encontrar el buque de vapor, con el cual uno de los principales negociantes de Guayana iba todos los meses á buscar las provisiones para la población, y consiguió de él que tan pronto como llegase á Cayena volviera sin pérdida de tiempo á buscar el ganado que iba á comprar, á fin de llevarle hasta el salto Hermína. El armador hacía un gran negocio, y Robin realizaba su deseo. Pudo examinar las reses á su gusto dando, como es natural, la preferencia á las vacas que debían parir á los dos ó tres meses. Eligió doscientas pagándolas, á pesar de los derechos brasileños y de las ganancias de los *fusenderos*, al inverosímil precio de ciento á ciento diez reis cada kilogramo, ó sean treinta y dos á treinta y tres céntimos.

Sus hijos se admiraron, y con razón, por aquella baratura increíble, comparada con el precio exorbitante de dos francos veinte céntimos que tiene en Cayena, cuando alguna vez se encuentran reses vacunas de venta, y al oír que manifestaban su asombro, dijoles Robin:

— Este es un nuevo error de nuestros colonos. En Guayana no hay bueyes. De vez en cuando llega aquí un barco cayenes pidiendo carne á los brasileños, y éstos, á fuerza de instancias, consienten en dársela como una limosna y la venden al precio que quieren. ¿No es más sencillo hacer lo que nosotros hacemos, esto es, comprar el ganado en el sitio donde nace y criarlo después?

El armador accedió puntualmente, y el rebaño entero, compuesto de doscientas vacas y cinco toros, fué conducido al salto Hermína. Pero no tardaría en surgir una dificultad que podría estorbar la realización del proyecto. ¿Cómo salvaría aquel rebaño el salto de agua, que aun cuando es practicable para las enanos indígenas, constituye una barrera para las embarcaciones mayores?

Sin embargo, todo estaba previsto por Robin. Un minucioso estudio de la barra le permitió después de múltiples sondeos, encontrar un canal profundo, y por consiguiente, poco rápido, situado á lo largo de la orilla derecha. Aquel canal, como de unos veinticinco metros de ancho, corría á lo largo del salto por todo el ribazo, convertida, mediante ciertos trabajos preparatorios, en una especie de camino de sirga. La

configuración de aquella parte del río era un hallazgo de inestimable importancia. Los seres fuertes sacan partido de todo, y la facilidad de adaptar los azares á las necesidades de la vida es una de sus principales virtudes.

El ingeniero, ayudado por sus hijos, había construido previamente una gran balsa provista de una red en sus cuatro costados, y que no podía sumergirse, merced á un doble cinturón de toneles que la rodeaban. Se desembarcó el ganado en la orilla, siendo cargados los animales por tandas de treinta en la balsa atracada al ribazo como á un muelle. Las vacas de Para son muy pequeñas, y su peso llega pocas veces á trescientos kilogramos. La balsa, que estaba construida para transportar diez y ocho mil kilogramos, ó sean diez y ocho toneladas, no soportaría más que la mitad; nueve mil de los primeros ó nueve de las segundas. Los Robinsones balaron vigorosamente por medio de una soga como los barqueros de nuestros canales, haciendo pasar sin obstáculo su preciosa cargamento por aquel estrecho canal. Pero no consistía todo en esto. Desde el salto Hermína al Peter Sounçon hay unos cincuenta kilómetros, y como la *hatterie* de los colonos se hallaba diez kilómetros más abajo de la segunda caída de agua, había que conducir la balsa á cuarenta kilómetros del punto de embarque.

Edmundo, Eugenio y Carlos quedaron custodiando el resto del ganado en una península cubierta de espesa hierba. Angosso, con sus dos hijos, Robin, Nicolas y Enrique, condujeron bogando aquel primer convoy, que llegó sin novedad al punto de su destino á los dos días de navegación. El regreso de la balsa vacía se verificó en doce horas, gracias al auxilio de la corriente. El ganado fué dividido en cinco lotes que siguieron el mismo camino por el mismo procedimiento, y con tanto acierto se practicaron las operaciones, que al cabo de quince días de un trabajo incesante, la colonia la *Francia Equinoccial* poseía un tesoro inestimable. Doscientas reses vacunas se holgaban en las praderas con gran estupefacción de los indios, que contemplaban un espectáculo enteramente desconocido.

Robin les familiarizó pronto con aquellos animales extraordinarios y les confió su vigilancia. Como aquellas funciones se adaptaban perfectamente á sus costumbres de nómadas perezosos, consintieron de buen grado en convertirse en vaqueros, y con tanta exactitud desempeñaron su cometido, que muy pocas vacas fueron presa de los tigres, el azote más terrible de los rebaños.

Si los esfuerzos de los ganaderos fueron tan grandes como los de los buscadores de oro, en cambio alcanzaron una recompensa no ménos valiosa. El ganado se quintuplicó en seis años de tal manera, que en el momento de comenzar nuestro relato mil hermosos animales recortaban con brío las hierbas de la interminable sabana, á pesar de los vacíos causados por la epizootia y la alimentación de los colonos.

(Se continuará.)

(1) Se llama *Hatterie* en Guayana y *Disculda* en el Brasil, una especie de alquería ó corralo en cuyo alrededor se cria el ganado ó se cria por sí solo. Es el *Bun* de los agricultores austríacos.

EL BANDOLERO, Ó UNA BODA EN LAS MONTAÑAS,

POR EL CAPITAN

MAYNE-REID.

Segun el consejo de mi amigo, yo empecé á buscar un *clavo* que empujase el *otro clavo*. No pude encontrarlo. El primero se habia introducido de tal modo en mi corazón, que no habia medio de sacarlo. Pero al ménos estaba resuelto á no volver á ver á Mercedes, y seguia cumpliendo mi propósito, aunque confieso tenia que hacerme una gran violencia. No habia miedo que tuviese necesidad de cerrar mis ojos en la calle para no verla. No era fácil que la encontrase. Las señoras estaban entonces más ocultas que nunca, y no era extraño, atendido el miedo que les inspiraban los sombreros encarnados. Las poquísimas que salian en carruaje á dar un paseo por la Alameda eran forasteras, casadas con comerciantes, ó pertenecian á una de las poquísimas familias que por cuestiones de intereses se habian puesto de nuestra parte por un corto plazo. Aparte de estas excepciones, sólo veíamos las pequeñas y morenas *leperas* con sus horribles refajos, color de pizarra, y alguna que otra vez, cuando la casualidad nos llevaba á presenciar un fandango, algunos ejemplares de la orgullosa clase pobhana, cuyo patriotismo no llegaba hasta el punto de aborrecer nuestro dinero. Entre la clase distinguida de la ciudad nuestras charreteras no inspiraban la mayor simpatía, y nuestra sociedad era evitada con el mayor empeño. El fusil parecia quitar el brillo á la espada. El soldado dominaba sin duda en las calles; pero dentro de las casas el dulcísimo clero dirigia por completo. Á estos señores debíamos la buena acogida que nos dispensaban, y nuestra antipatía hacia ellos era muy natural. Por mi parte, me importaba todo muy poco. Si las señoritas de la Puebla me hubieran recibido con la mayor amabilidad, me hubiera sido imposible corresponder como debía á sus bondades. La herida que habia recibido de una de ellas me imposibilitaba por completo para toda clase de coquetería; y mientras no consiguiese cicatrizarla, no podia sentir la menor simpatía por ninguna. Por espacio de algunas semanas seguí el plan de mi amigo sin encontrar el menor alivio, que con tanta seguridad me habia pronosticado. La sociedad de las mujeres me era insoportable. Me distraia más entre mis compañeros, y siento confesar que empecé á tomar afición al *monte*. El juego es un triste recurso, aunque es uno de los más generales para distraer el disgusto producido por una pasión sin esperanza. ¡Cuántos hombres que nunca hubieran puesto un duro á una carta se hacen jugadores, desesperados por las coqueterías de una mujer! ; Hamburgo ha visto cientos de hombres apoyarse en sus mesas de juego con el corazón destrozado, envueltos allí por sus entes diabólicos, cuyo aspecto triste y melancólico no han conseguido disipar la fortuna con

sus más graciosas sonrisas! No tenia la menor dificultad de encontrar un sitio donde practicar esta loca pasión. Con nosotros viajaban siempre jugadores de profesion, como si formasen parte de nuestro estado mayor. Cada division tenia su partida de monte. El primer lienzo que se ampleaba cuando acompañamos, era el que cubria el tapete verde de la mesa de juego. En el campo era una tienda, en la ciudad un gran salon. Los jugadores de nuestro ejército cuidaban generalmente estos sitios. El juego más usado era el monte, y el más conveniente casi, puesto que admitia toda clase de jugadores, y podia ser tan favorable al novicio como al más afeitado jugador, no siendo necesaria habilidad ninguna, ni conocimiento de ninguna clase para ganar ó perder en media hora una fortuna. Un banquero, un pedazo de tapete verde y un paquete de cartas españolas *voilà tout!* Habia dos ó tres de estos salones en la Puebla, es muy posible que hubiese veinte; pero solamente dos ó tres eran los que podríamos llamar oficiales, frecuentados por los poblans de las mejores clases, donde los doblones de oro se veian sobre el tapete con la misma abundancia que yo los duros de plata. Eran como si dijésemos los equivalentes á los cafés y clubs, que en Méjico no se conocian, y servian como sitio de cita para los hacendados y ricos comerciantes. Uno de ellos era muy frecuentado por nuestros oficiales, aunque no eran ellos los únicos que lo disfrutaban. Los caballeros mejicanos no nos negaban su compañía en las mesas de monte, y alrededor de ellas se veian mezclados los representantes de las razas latina y teotihuica en iguales proporciones y tipos diferentes. Aunque los naturales del país iban generalmente vestidos de paisano, sabíamos nosotros que muchos de ellos habian usado uniforme, y eran nuestros prisioneros bajo palabra, á quienes habíamos vencido en el sitio de Vera-Cruz ó en la sangrienta batalla de Cerro Gordo. La pobreza de aquellos infelices era demasiada para que pudiese pasar desapercibida. Su paga, ya dé por sí escasa y mal pagada, estaba ahora suspendida por completo; y como conseguian vivir *bajo palabra*, Dios y ellos solamente podian saberlo. Daba pena ver los esfuerzos que hacian por conservar una flocente apariencia. Los galones del uniforme arrancados para arreglar sus trajes de paisano, habian dejado las señales donde en tiempos felices brillaban orgullosas aquellas insignias militares. Hoy vergonzosamente ocultas en algún rincón de sus pobres, y desmanteladas habitaciones. Regularmente usaban un gran paletó que en la calle les cubria por completo. Pero con el calor de los salones era muy difícil sufríros, y si alguna hubiese dado una vuelta alrededor de la mesa de juego, hubiera podido ob-

separar sobre sus hombros las sedules de las charreteras de un coronel ó de un general. Sus puestas eran generalmente muy modestas; empezaban siempre por una peseta, y poco á poco iban aumentando en proporcion á sus ganancias. Cuando la suerte era muy buena llegaban á jugar doblones. De otro modo, la peseta terminaba el juego de la noche. Entónces, en vez de retirarse desesperados, seguían en la mesa, y se divertían en ver las ganancias de los otros jugadores y las pérdidas del banquero.

CAPÍTULO XIII.

UNA EQUIVOCACIÓN AGRADABLE.

Entre los muchos jugadores que frecuentaban el salon, habia uno que me inspiraba un interes especial. Nuestro conocimiento no habia empezado en la mesa de juego; le habia visto ántes en la calle del Obispo, y aquella misma noche le habia vuelto á encontrar en la calle de los Pájaros. Se llamaba Francisco Moreno; era el hombre que se habia cruzado en mi camino para robarme mi dicha y salvarme la vida. Tenia yo mis razones para guardar mi incógnito. Ahora nos habríamos conocido bajo muy distintas circunstancias, y habia entre nosotros el pacto de amistad que puede haber entre dos desconocidos que se encuentran en una mesa de juego. Lo único que pude averiguar fué que era, ó habia sido, un oficial del ejército mejicano. Su conducta y las pocas palabras que le oí, dejaban adivinar el militar. Entre ellos, como entre profesiones y oficios, hay ciertos signos fraternasónicos por los que no es difícil reconocerlos.

Era uno de los oficiales mejicanos bajo palabra, y teníamos razones para suponer que habia otros muchos entre nosotros, durante nuestro largo periodo de inacción, que no debían estar allí. No éramos muy cuidadosos en espiarlos, y la verdad es que iban y venían con toda libertad. Las victorias tan inesperadamente ganadas, casi milagrosamente, habian sido tantas y tan continuadas, que nos hacían despreciar las secretas maquinaciones de nuestros enemigos. Sus espías podían entrar en nuestro campo, participar de nuestra hospitalidad en nuestras tiendas, hasta en la del general en jefe, y volverse á marchar con la misma facilidad que cualquiera puede tener una entrevista con su sastre ó su sombrero.

Nadie sospechaba de Francisco Moreno. Nadie le observaba más que para admirar su hermosa figura y firmes modales. Yo sólo le estudiaba con particular atención. Sabia que no solamente era noble por su conducta y su aspecto, sino por su nacimiento. Me desesperaba que hubiese llegado el primero; que fuese el preferido, y tenía á veces las ideas más raras acerca del capitán Moreno. Era evidente que estaba pobre, aunque todavía no habia convertido su uniforme en traje de paisano. Todo lo que llevaba, aunque muy usado, formaba un conjunto decente y casi elegante. No ponía en el tapete pesetas, sino duros, algunas veces dos; pero nunca llegaba á la onza. Si perdía el primer duro se retiraba de la mesa;

si lo ganaba seguía jugando. Una noche observé que su conducta variaba. Las puestas iban siempre en aumento, y sin embargo, de repente dejó la mesa y se dirigió á la puerta. Todos se admiraron de semejante conducta. Era enteramente arrojar á la fortuna sus favores. Yo sólo comprendí la causa de su repentina desaparicion. Adiviné que iba á buscar á la diosa á otra parte, y bajo otro título.

Habia oido dar las diez en el reloj de la catedral. Era la hora en que yo le habia visto otra vez en la calle del Obispo, y se me ocurrió que tendria alguna cita con Mercedes. Si mis ganancias hubieran sido veinte veces mayores (y eran muy regulares), no hubiera permanecido allí un minuto más. Cogi mi puesta, y separándome de la mesa, seguí á Francisco Moreno fuera del salon. Sin duda mi brusca salida causó tanta admiracion como la del mejicano. Lo ignoro; en aquel momento todo me era indiferente; sólo tenía una idea fija: presenciar una segunda entrevista como aquella que tan cruelmente me habia destrozado el corazon. Me sentía como el pájaro entre las garras del venenoso reptil; como la inocente mariposa que se deja quemar las alas por el triste placer de acercarse á la luz. ¡Hay una cierta fascinacion en el pensamiento de los que corren hacia su ruina! ¡Tal vez fuese la desesperada convencion de que nada podía ya saber que aumentase mi desgracia!

Por primera vez despues de un mes entré en la calle del Obispo. Francisco iba delante de mí. Habia adivinado perfectamente. Habia despreciado las sonrisas de la fortuna por ir á buscar las de su querida Mercedes. Tomamos diferente direccion en la calle. Él fué derecho delante de la fachada de la casa de don Eusebio Villa-Señor. Yo me escondí como un ladrón en el portal de la casa de enfrente. No aguardamos ni un instante. Apenas habíamos ocupado nuestros respectivos sitios, cuando se abrió la persiana, y una mujer apareció en el balcón. Por supuesto era Mercedes.

— ¡Vienes tarde, Francisco! — dijo muy bajo y con un ligero tono de reconvencion. — Hace diez minutos que han dado las diez en la catedral; eso es cruel; ya sabes con qué impaciencia te espero; y qué preciosos son para mí estos momentos.

Francisco la dió no sé qué excusa, que ella aceptó fácilmente, y perdonó con la mayor bondad su tardanza. Todo esto aumentaba mi tormento.

— ¿Sabes, querido Francisco, que papá tiene más sospechas que nunca? Ahora mismo estoy temblando que venga por aquí; todavía no se ha ido á su cuarto, y nunca se va hasta que mi hermana y yo nos hicimos acostado.

— ¿Por qué no le das algun narcótico mezclado con su chocolate? Es el único medio de que podamos hablar un rato con tranquilidad; no puedo verte nunca; es imposible esta situacion; ¿no te parece á tí lo mismo?

— ¿Cómo puedes dudarlo? ¿No lo sabes? Pero, ¿qué puedo yo hacer? Ya sabes de qué modo se opone; yo creo que le debon haber hablado muy mal de tí. Cuando vamos á la iglesia por la mañana siem-

pre nos hace acompañar por mi tía Josefa, y estoy segura que la da instrucciones para que nos vigile. Sé muy bien que es por mí únicamente. Con mi hermana no es tan riguroso; la deja salir á paseo en coche, y se va sola á la Alameda ó donde quiere; pero si voy yo, me hace acompañar por tía Josefa.

— ¡El diablo se lleve á la tía Josefa!

— Todavía hay otra cosa peor; hoy la he sabido, me lo ha dicho mi tía. Yo creo que papá le ha dado el encargo de comunicarme esta agradable noticia. Dices que si no consiento en casarme con el otro, ya sabes con quién, ¡me encerrará en un convento! ¡Sólo de pensarlo me estremezco! ¡La idea de verme allí para toda mi vida, ó lo que es peor, casarme con un hombre á quien no puedo querer y que puede ser mi padre! ¡Ay Dios! ¿Qué voy á hacer?

— Ni lo uno ni lo otro, yo te lo aseguro. ¡No te asustes, amor mío! ¡Yo encontraré medio de librarte de esos desprecios, que serían aún mayores para mí! Tu padre no tiene motivo ninguno para odiarme así, como no sea mi falta de dinero; y ¿quién sabe si me hará rico durante la guerra? Tengo esperanzas de que me asciendan, y ¡escucha, prenda mía!

Aquí la voz de Francisco se hizo imperceptible desde su sitio; sin duda temía que fuese oída su importante comunicación. Tampoco pude oír la contestación de Mercedes, y sólo escuché la cariñosa frase que le dirigió al despedirse.

— ¡Adios, querido, hasta mañana!

Pero mucho más dulces fueron para mí las palabras de Francisco:

— ¡Espera un momento, *querida Dolores*, un momento!....

No oí la terminación de la frase, ni la respuesta de ella, si es que la dió.

Dolores podía ya estar en el balcón, y charlar con su querido Francisco tanto tiempo como quisiera, sin cesar en el más mínimo pesar. Era yo muy dichoso para oír ni una palabra más de la conversación, Mercedes, mi Mercedes no era la que había dejado caer el papel diciendo al que lo recibía:

— ¡Adios, querido Francisco!

Había esperanza de que su corazón fuese libre; que nadie hubiese aún tomado posesión de él. ¡Si Dios quisiera! Fué mi sola sencilla oración que dirigí al cielo desde el fondo de mi alma al salir de la calle. ¡Si Mercedes pudiera aún ser mía!

CAPÍTULO XIV.

¿QUÉ QUERÉIS?

Entusiasmado con estos dulces pensamientos permanecí algunos segundos en el hueco del portal. Entre tanto, el mejicano había salido de la calle. Supuse que volvería al salón que habíamos abandonado una hora antes, y le seguí. Ahora sí que deseaba una larga conversación con él, puesto que comprendía que sería más íntima y amistosa de las que hasta aquí habíamos tenido. En aquel momento hubiera querido abrazarle; toda mi gratitud, contenida hasta entonces, ó más bien dominada por los celos, aparecía ahora en toda su fuerza. Me hubiese gustado tener

con él una entrevista para saber quién era y preguntarle si podía pagarle de algún modo su importante servicio.

Mi corazón estaba, en fin, lleno de los mejores sentimientos para Francisco Moreno. Así como hasta entonces había sido la causa de todas mis penas, hoy le consideraba como el instrumento de mi gran alegría. ¡Oh, yo le daré toda clase de explicaciones! ¿Pero de qué modo?

En el momento que yo me hacía esta pregunta, un ruido extraño llegó á mis oídos. Parecía que alguno había sido bruscamente detenido en la calle, y creí sentir un grito de sorpresa y de rabia. En seguida oí muy claro una voz que decía:

— ¿Qué queréis?

— Nada más que vuestra bolsa, señor.

— ¡Caramba, qué petición tan modesta! Pues yo no me siento inclinado á complacerlos. Tendréis mi bolsa; pero antes tendréis que quitarme la vida. ¡Apartaos de mi camino, bribones! ¡Dejadme pasar!

— ¡Á él, camaradas! ¡Está torrado de doblones! ¡Á tierra con él!

Estas palabras, dichas en voz bastante fuerte, fueron seguidas por el ruido de un combate, en el que parecían tomar parte cinco ó seis hombres, según podía yo adivinar por el ruido de sus pisadas. Ya no les oía hablar, como no fuese alguna palabra que otra pronunciada casi al oído de aquel á quien iba dirigida. Hasta el primero que habló parecía ahora guardar el más profundo silencio. El combate, sin embargo, continuaba. La calle en que tenía lugar era una especie de pasaje estrecho, situado cerca de una de las principales calles que conducían á la plaza Grande y no muy lejos de la calle del Obispo. Estaba escasamente alumbrada por un solo farol, cuya luz vacilante servía únicamente para hacer más dudosa la claridad de la noche. Había yo entrado ya en la estrecha calle, que resultó ser una especie de pasadizo que acortaba el camino desde el sitio que acabamos de dejar al salón donde nos dirigíamos, cuando sentí el primer grito. Las demás palabras fueron pronunciadas en pocos segundos, antes de empezar el combate; y como éste tenía lugar á unos diez pasos de donde yo estaba, otros tantos me bastaron para llegar donde ellos estaban. Me apresuré más, porque me pareció reconocer la voz del hombre sorprendido por los ladrones. Era, en efecto, Francisco Moreno.

Le encontré en medio de cinco hombres que formaban círculo á su alrededor, contra los cuales se defendía valientemente, mientras que ellos trabajaban cuanto podían por acabar con él. Estaban todos armados con machetes, mientras que él blandía una espada, que llevaba escondida debajo de su abrigo. Vi que los bandidos tenían pistolas, pero no parecían inclinados á usarlas, tal vez por miedo del ruido que harían sus disparos y que podrían perjudicar sus propósitos, que parecían muy serios. Pero yo no tenía el mismo temor. Desde el momento en que me apercebí que los bribones pertenecían á los sombreros encarnados, comprendí perfectamente la clase de peligro que corría el mejicano y el empeño que tenían en vencerle. Sentí arder la sangre en mis venas. Aquel

mismo día me había indignado al oír los detalles de uno de los muchos crímenes cometidos por aquellos niños mimados de nuestro jefe. Y había formado el propósito de castigarlos por mi cuenta la primer vez que los sorprendiese en una de sus continuas fechorías. La ocasión se presentaba más pronto de lo que yo creía, y recordé mi resolución. El tiro con el cual interrumpí su pasatiempo fué bastante fuerte para asustarlos y bastante también para que uno de ellos quedase para siempre imposibilitado de meterse en otra aventura como aquella. Pude muy bien haber disparado otro tiro antes que desaparecieran, por más que lo hicieron con bastante ligereza; pero me bastaba con haber castigado á uno de ellos, y el pobre parecía evidente que no se movería ya de las duras piedras en que había caído.

CAPÍTULO XV.

VIDA POR VIDA.

—¡Gracias—gritó el joven mejicano—mil gracias, caballero! Es lo único que puedo decirles hasta que cobren alientos para más.

Calló, y noté que su respiración era fuerte y fatigosa, como la de un fogoso caballo después de una larga carrera.

—Supongo que no estáis seriamente herido—le dije cuando me hube asegurado que no había en la calle más sombrero encarnado que el pobre tendido á nuestros pies.

—Nada grave, me parece; dos ó tres heridas insignificantes; casi pueden considerarse como arañazos.

—¿Estáis seguro?

—No enteramente, caballero; pero me siento muy bien. No tengo la menor debilidad, y sólo me encuentro muy cansado. Ha sido negocio difícil defenderme de los cinco. Imposible acabar con todos; únicamente hubiera conseguido reducir el número; pero sólo vos quien lo ha hecho, por lo que veo. Dejadme daros otra vez gracias.

—Nada tenéis que agradecerme. No lo hecho más que pagar una deuda sagrada.

—¡Señor, me dejáis admirado! No recuerdo cuando he tenido el gusto de ver al valiente que acaba de hacerme tan señalado servicio. Por más que vuestra voz no me pareció enteramente desconocida. Pero supongo que me excusaréis, porque la verdad es que estamos enteramente á oscuras en esta bendita calle.

—Nosotros dos nos hemos encontrado casi siempre en sitios poco alumbrados. Empleo á creer que hay en esto alguna extraña fatalidad.

—¡Caramba!—exclamó el mejicano, más admirado todavía con este detalle.—¿Dónde hemos tenido esos encuentros?

—¿No os acordáis, capitán Moreno?

—Ese es mi nombre, en efecto; ¿cómo le sabéis?

—Tengo motivo sobrado para conocerle.

—¡Me dejáis abnito! Si no me engaño, lleváis el uniforme de los oficiales americanos.

—Así es.

—¿Puedo saber dónde nos hemos visto? ¿En la mesa de juego quizás?

—Allí nos hemos encontrado más de una vez, pero fué en otro sitio donde tuve el gusto de veros por primera vez.

—¿Dónde?

—En vuestra casa.

—Os burláis, caballero, pero no importa; todo os bien recibido viniendo de vos.

—No me burlo; puedo asegurar que nuestra primera entrevista fué en vuestra casa.

—¿Cáspita! me dejáis confundido.

—Es verdad que no fué precisamente dentro de ella, sino precisamente bajo el umbral de su puerta. Allí nos encontramos, y nos separamos también quizás de un modo algo brusco; por lo cual yo era el más culpable, por más que debéis participar de mi culpa por haber cerrado vuestra puerta tan pronto, que no me fué posible demostraros mi agradecimiento. De otro modo me hubiese detenido algunos momentos para daros las gracias por haber hecho por mí justamente lo mismo que acabo yo ahora de hacer por vos. Deseaba una oportunidad para poder demostraros mi agradecimiento, y se ha mostrado más pronto de lo que yo hubiese creído.

—¡Santísima Virgen! sois el caballero que....

—En cierta noche se entró con tan poca solemnidad en casa de D. Francisco Moreno, en la calle de los Pájaros, y que hubiese sido indudablemente víctima de los bandidos que le atacaban, á no ser por la generosa protección del capitán Moreno; y amigo mío—continuó, cogiendo la mano del joven soldado y estrechándosela con el mayor entusiasmo—os decía que os he pagado; pero estoy muy lejos de eso: tal vez me debéis la vida, pero yo os debo la mía.... y.... mucho más.

—¡Por Dios, caballero! continuais con vuestros misterios; ¿qué más me debéis?

Donando por las emociones del momento, me sentía inclinado á confesarle mis coquetterías con Mercedes, y explicarle cómo las había él interrumpido. Hubiese deseado contárselo todo, puesto que ya no éramos rivales, sino dichosos enamorados de dos preciosas hermanas; que debíamos seguir el mismo camino guiados por una causa común, pero teniendo felizmente diferente objetivo, todo lo cual debía estrechar más y más nuestra amistad. No sé por qué dudaba todavía. Algo me decía que debía callar. Mi secreto permaneció oculto en el fondo de mi alma; ni siquiera nombé la calle del Obispo.

—¡Oh!—le conté domando mi entusiasmo—mucho más que mi vida, si la hubiese perdido....

—Si la hubiese perdido—interrumpió el joven mejicano, evitándome así el darle más explicaciones—hubiera sido una gran desgracia para mí, puesto que esta noche hubiese perdido la mía. Cinco minutos más, y esos bribones hubiesen acabado conmigo. En cuanto á que yo haya salvado vuestra vida, no es exactamente correcto. Vuestros mismos soldados fueron los verdaderos libertadores aquella noche; á no ser por su oportuna llegada, no hubiera sido difícil dominar la furia de aquellos patriotas mandados como estaban por un hombre como aquel.

—Mucho más razón para que yo os deba la vida.

—De todos modos habéis pagado vuestra deuda con toda generosidad. Á no ser por vos y por vuestra defensa (mucho más digna, puesto que ignorabais á qué clase de hombre procurabais salvar) yo estaría ahora en el lugar de ese pobre hombre, de sombrero encarnado y manos del mismo color, que ha sido traidor á Dios y á su patria.

Las últimas palabras fueron pronunciadas con cierto énfasis, como si el patriotismo del que así hablaba se hubiese aumentado á la vista del renegado ladrón.

—Pero, caballero—añadió dulcificándole un poco su tono—decidme que también nos habíamos encontrado en la mesa de juego. ¿Hace mucho?

—Esta misma noche.

—¿Hará una hora?

—Eso es, una hora escasa.

—¿L'arriba! entonces estabais allí cuando yo dejé el salon. ¿Me visteis salir?

—Todos los que estaban allí os vieron. Y á muchos les pareció nuestra salida muy extraordinaria.

—¿Por qué?

—Porque no es natural que un jugador abandone así una enerte como la que teniais, á no ser que tenga para ello un motivo muy poderoso. Algo, por ejemplo, como lo que os hizo salir de allí.

—¿Por Dios! no tanto; solamente un pequeño paseo que exigia la mayor puntualidad. Lo realicé, y ahora me volvía cuando esos bribones me atacaron. Pero gracias á vos, señor, me encuentro en estado de ganar una onza á otro, y pienso ver sé la suerte no se ha cansado de favorecerme y no se me ha escapado con esas gotas de sangre. Pero venid, caballero; ¿no pensais volver también? Todavía es hora de probar otro albar.

—Os acompañaré, para ver si vuestras heridas son de cuidado.

—Oh, gracias, no valen nada; de otro modo ya me hubiese ocupado de ellas. Un poco de agua y jabon es todo lo que necesito. ¿Vamos á dejar este hombre aquí?

—Si está muerto, ¿por qué no? Ni siquiera merece el honor de ser llevado en unas angarillas.

—No sois muy cariñoso con vuestros socios del sombrero encarnado.

—Los detesto, y lo mismo le sucede á todos los oficiales de nuestro ejército que se interesan por el honor de sus armas. Estos hombres son verdaderos bandidos, y ahora son renegados; ¿no es así?

—Lo cierto es que hoy son como ántes, saltadores del camino grande.

—Á nosotros nos parece esto un escándalo, y así supongo que debe parecerle á todo el mundo. ¿Una partida de bandidos al servicio de una nacion civilizada tratados como sus mismos soldados! ¿Quién ha visto nunca semejante desatino?

—¡Ah, señor! ya veo que sois un verdadero militar de la civilizacion. Siento decir que en mi país semejantes disparatos son muy frecuentes. En nuestro ejército, es decir, en el de su ilustre excelencia el general D. Antonio López de Santa Ana, se encuentran capitanes, coronelos y hasta generales que...

pero no. No soy quien debo comunicaros semejantes relaciones. Tal vez algun dia veais vos mismo cosas bien raras, que nosotros, los hijos del país, tenemos costumbre de llamar *cosas de Méjico*.

CAPÍTULO XIV.

PÁJAROS MATUTINOS.

Aquella noche cené con Francisco. La Diosa Fortuna no sació sus ganas contra él por haberla abandonado, y le perdonó aquella coquetería con su hermana, concediéndole sus mismas sonrisas, la segunda vez que volvió á la mesa de juego. Lo mismo hizo conmigo. Nosotros, en cambio, rindiómos tributo á Baco en nuestra cena, y nuestra cortesía duró hasta una hora bastante avanzada de la noche.

Esto no me impidió levantarme muy temprano al día siguiente. Vi las tintas rosadas sobre la *Blanca-hermana*, cuando el sol imprimia su primer beso en su nevada cima. En aquel momento entraba yo en la calle del Obispo. La magnífica montaña aparecia como un muro blanco al extremo de la calle. Supongo que no necesito decir lo que me llevaba allí tan temprano. Pero escasamente podia ya prometerme otra cosa á tal hora, que contemplar la tortuosa fachada de la casa de Mercedes y demas objetos mencionados, puesto que los nuevos seres vivientes que allí habia en aquel momento eran los pajarillos que tenian sus nidos en los tejados, ó los criados de la casa. Estoy seguro que pensais en el país de los Penkes y no en la Puebla, donde los ángeles se levantan muy temprano. En Londres amanecen muy tarde, porque se acuesta muy tarde también. En la Puebla se levantan con el sol, por que se acuestan con él. La explicacion es muy sencilla. La Puebla es una ciudad católica, religiosa, mientras que la ciudad de los Penkes es protestante, y le gusta más dedicar su tiempo á las diversiones nocturnas. Si yo no hubiese conocido las costumbres mejicanas, no me hubiese encontrado aquella mañana, y otras despues en la calle del Obispo, ántes de las siete. Pero sabia muy bien que las señoras que á aquella hora ó más temprano no van á la iglesia, es, ó porque son demasiado viejas para tomar ínteres en la confesion, ó demasiado bueildes para ocuparse de la iglesia. Pero hay muy pocas de éstas en la ciudad de los Angeles. No era posible que Mercedes Villa-Señor se contase en este escaso número. Su hermana Dolores me había hecho venir sin pensar en ello. En Méjico, los dos crepúsculos tienen grandes atractivos para los enamorados, lo mismo el que antecede que el que precede la salida del sol. Parece muy raro que en contra del órden natural de todos los países, sea el crepúsculo matutino el más favorable para el culto del dios Cupido.

Pero en Méjico sucede así. Mientras que las mujeres de Europa duermen tranquilamente en sus mullidos lechos, soñando con nuevas coqueterías, la hermosa poblana está ya en la calle, y despues arrodillada delante de la bella imágen de la Virgen, realiza las mismas conquistas soñadas por la perezosa europea. A pesar de ser tan temprano, todavía llegué tarde. Las campanas de las iglesias sonaban ya por toda

la ciudad. Al entrar en la calle del Obispo vi tres señoras que atravesaban al lado opuesto. Iban juntas, si bien una de ellas se quedaba un poco detrás. Las hulesas dejado pasar sin más observación, á no ser porque vi que la puerta de la casa de Villa-Señor permanecía abierta. El portero se disponía á cerrarla como si álguien acabase de salir, y no podía ser nadie más que las tres señoras que había en la calle. Las dos que iban delante debían ser las dos hermanas. La tercera, ni siquiera me ocupé de ella; deduje por conjeturas que sería *tía Josefa*. La calle del Obispo no tenía ya para mí mejor atractivo. Me embocé perfectamente y me dispuse á seguir las.

Apresuré un poco el paso, y me encontré al momento pisando los talones á *tía Josefa*, á muy corta distancia, por consiguiente, de las dos señoritas, á las cuales servía de dueña. Ya no me cubría la menor duda de que eran las hijas de don Eusebio. Aunque iban enteramente cubiertas con espesos velos, y no había medio de verles ni siquiera los ojos, porque sus mantillas, en vez de caer por los hombros, iban colocadas sobre las cejas y arrolladas al cuello, de modo que las cubrían enteramente. El brillo de sus negros ojos era todo lo que podía verse, y ni aun eso era posible desde el sitio donde yo estaba. Pero tuve la suerte de contemplar los de *tía Josefa*, que se volvió al percibir mi sombra. Me dirigió una mirada, acompañada de cierto movimiento nervioso de su alabico, que recordaba las alas de la gallina cuando á la vista del milano procura salvar sus tiernos polluelos. Sólo por un instante fui objeto de la observación de *tía Josefa*. La indiferente mirada que yo dirigí hácia la Blanca Hermana, la tranquilizó por completo.

No era yo el pájaro de rapina contra el cual estaba encargada de apartar sus sobrinas, y después de una mirada de curiosidad siguió cuidando sus dos protegidas. Yo hice lo mismo. Aunque iban vestidas enteramente lo mismo con mantilla de encaje negro, que les cubría la cabeza, sostenida por peines altos; aunque su figura era casi enteramente la misma, y á pesar de no verlas más que por detrás, distinguí al momento mi preferida. Había algo en todas sus formas, en sus movimientos, en el modo de fijar los brazos, en su andar, en todo, en fin, que dejaba admirar el espíritu interior que la animaba. Era sin duda ese no sé qué tan difícil de confundir como de explicar, esa esencia divina, por más que sea demasiado humana, que se conoce con el nombre de *giacè*, que sólo la naturaleza puede dar y el arte no puede adquirir. Cualidad del alma, que, sin embargo, de tal modo comunica sus encantos al cuerpo, que le da lo que nada más que ella es capaz de conceder.

Esto es lo que se veía en todos los movimientos de Mercedes Villa-Señor, á pie como en su carruaje, sin más que levantar su mano, comunicábale á todo su cuerpo un no sé qué tan precioso, tan arrebatador que me trastornaba. No es que Dolores careciese por completo de gracia, pero tenía mucha menos que su hermana. Había en todos sus movimientos cierta delicadeza que muchos, de niño, admirarían, pero que

para mi gusto no podía compararse con el aire de reina que caracterizaba la magnífica presencia de Mercedes.

Comprendí que se dirigían á la catedral, cuyas campanas llenaban las calles con su religioso sonido. Otros muchos devotos, mujeres en su mayor parte, con mantillas ó chales y rebozos, se apresuraban á cruzar la Plaza Mayor en la misma dirección que nosotros. Dolores miraba por todas partes, volvía la cabeza, y seguía su camino poco satisfecha de su examen. No le chocó mi presencia, ni la pareció ver en mí más que un desconocido que seguía casualmente el mismo camino que ellas. Su indiferencia no me causó el menor pesar. Sabíame la causa. Yo no era su querido Francisco. Mercedes parecía tomar muy poco interés en todo lo que pasaba á su alrededor. Su aire era el de una persona disgustada, como pueda verse por el frío saludo que concedía apenas á los caballeros que la saludaban, todos los que la daban los buenos días con la mayor amabilidad. Solamente una vez demostró algún interés, al ver un oficial con el uniforme americano que venía galopando por la calle. Entonces, únicamente, durante los seis segundos que estuvo observándole mientras pasaba, pareció comparse de lo que la rodeaba; después de lo cual miró tranquilamente hácia la catedral. Sus macizas puertas estaban abiertas para recibir los devotos madrugadores que iban llegando cada vez en mayor número.

Las dos hermanas entraron, y *tía Josefa* las siguió muy de cerca, procurando guardarlas allí del mismo modo que lo había hecho en la calle. Yo hice lo mismo, aunque con intención enteramente opuesta.

CAPÍTULO XVII.

EN LOS MANTINES.

Era la primera vez que yo hacía mis devociones en una catedral romana, y no puedo decir que lo hice con la mayor compostura. Santa Guadalupe, tan hermosa como los sensuales mejicanos han tenido el gusto de concebirla, tan celestial como aparece entre su manto de oro, no consiguió fijar mi atención. Tenía para mí más atractivos el velo de blonda y el alto peine de Mercedes Villa-Señor, no por ellos en sí, por supuesto, sino por la preciosa cara que sabía que se ocultaba dentro de sus pliegues.

No podía apartar de ella mis ojos ni por un momento. Con toda mi alma la deseaba, como el más insuportable inconveniente que jamás se interpuso entre el amor y su ídolo. Mientras se dedicó á sus devociones, la señorita americana adopta tres posturas diferentes: de pie, de rodillas, ó sentada en el suelo de un modo particular, que recuerda el sistema de los uicors, aunque no es enteramente lo mismo.

(Se continuará.)

EL SARGENTO FEDERICO

(HISTORIA DE UN FRANCÉS EXPULSADO POR LOS ALEMANES),

POR ERCKMANN-CHATRIAN.

TRADUCCIÓN CASTELLANA DE FERNANDO GARRIDO.

CAPÍTULO VII.

Después que el gran ejército alemán invadió la Lorena y del bombardeo de Phalsbourg, las reservas, mandadas por oficiales prusianos, ocuparon el país esparriándose por compañías, en las aldeas y hasta en las cabañas, guardando los caminos y senderos y haciendo requisas de todo género de cosas, pan, vino, harina, heno, paja, ganado, nada desperdiciaban: complaciábase, arrellenándose junto al fuego, en hablar de sus mujeres y de sus hijos, con nuestras de mucho cariño, lamentándose de la suerte de sus pobres hermanos, los alsacianos y loreneses, y pareciendo aligerles nuestras misérrimas; mas todo esto no les impedía comer bien y beber mejor á costa de sus pobres hermanos, y tenderse en el viejo sillón del abuelo y de la abuela, fumando con fruición los cigarros que nos obligaban á darles. Aquellos picaros no tenían palabra mala ni obra buena. Estas escenas las presencié en todos los pueblos de las cercanías á donde me llevaba con frecuencia el deseo de tener noticias, disfrazado con blusa y el báculo.

Desde los primeros días de Setiembre su gobernador general, Bismarck Bohlen, se estableció en Haguenau, declarando que Alsacia fué siempre país alemán, y que S. M. el Rey de Prusia, ocupándola militarmente, no hacía más que entrar en posesión de lo que le pertenecía; que Strasburgo, Bitché, Phalsburgo y Neufbrissac no eran otra cosa que ciudades rebeldes á la autoridad de su legítimo Rey; pero que no tardarían en reconocer su error, gracias á la nueva artillería.

Hé aquí, Jorge, lo que predicaban abiertamente en nuestra propia casa, lo que prueba que los alemanes nos creían tontos á quienes podían decir las bromas más pesadas sin temer que nos riéramos en sus locos.

Nuestro único consuelo era vivir en medio de los bosques, donde no se atrevían á penetrar; pero apenas Bismarck Bohlen se instaló, empezamos á ver pasar con regularidad, mañana ó noche, por el valle, gendarmes á caballo, cubiertos con sus cascos y grandes mantos, llevando las órdenes del gobernador prusiano y paquetes de edictos que los alcaldes debían colocar en la puerta de ayuntamientos y de iglesias.

Aquellos edictos prometían los mejores tratamientos para los que procedieran como fieles vasallos del rey Guillermo, y amenazas de muerte contra cuantos ayudáran á los franceses, á los que llamaban *enemi-*

gos nuestros. Mandábase en ellos además negarles el pan y el agua aunque tuvieran hambre y sed, servirles de guía ni ocultarlos, no reconociendo como hombres honrados más que á los que los entregáran, debiendo someterse á consejos de guerra á los desobedientes, siendo las menores penas impuestas por tales delitos veinte años de presidio y treinta y siete mil francos de multa.

Empleando tales medios, el tal Bismarck Bohlen podía dispensarse de más explicaciones acerca de las razas de la patria alemana y de los derechos de Su Majestad.

Imaginote ahora nuestra soledad, el temor á los merodeadores que no hubiera sido posible rechazar, porque no dejarían de presentarse en nombre del Rey. Afortunadamente esta clase de gente era cobarde y corría el rumor de que los tiradores francos y hasta soldados fugitivos de Worth andaban por las cercanías. Gracias á todas estas circunstancias nos veíamos libres de las visitas de aquella buena gente que nos quería tan bien. Además nos decían que los empleados de montes quedarían en sus puestos, que les aumentarían el sueldo, y que los antiguos serían ascendidos.

Ya comprenderás mi indignación cuando oía repetir estas cosas; pero no había olvidado las recomendaciones de nuestro bravo Inspector, y las recordaba á mis subordinados cuando la ocasión se presentaba diciéndoles:

—Es preciso quedarnos en nuestro puesto.... La fortuna no será siempre ingrata con nosotros.... cump-la cada cual con su deber hasta el fin..... no tengo otras órdenes que daros.

Por su parte el Inspector hacía lo mismo, permaneciendo en la Petite-Pierre en el desempeño de sus funciones.

Strasburgo seguía defendiéndose. Se batían en las inmediaciones de Metz, y yo, de cuando en cuando, mandaba á Merlin para recibir órdenes de los superiores, que siempre daban la misma respuesta:

—No hay que desesperarse.... de un momento á otro podrémos acaso prestar buenos servicios.... que todos permanezcan en sus puestos.

Esperemos, pues, decíamos, y el otoño, siempre hermoso en nuestras montañas, con sus hojas amarillentas, sus bosques silenciosos donde los pájaros ya no cantan, sus prados acabados de segar, formando verdes tapices que se pierden de vista, el riachuelo cubierto de hojas muertas, y este gran espectáculo, tan apacible en todos tiempos, tenía aún mayor gran-

deza é inspiraba tristeza más profunda en medio de los terribles acontecimientos por que atravesábamos.

¿Cuántas veces entonces, oyendo el indefinible murmullo de nuestros bosques, donde empezaban á sentirse los primeros fríos del invierno, yo me decía: «Mientras contémpas estas antiguas selvas en la que todo duerme, ¿qué pasa allá abajo en la Champagne? ¿Qué se han hecho esos numerosos ejércitos, esa caballería, esa infantería, esos cañones, esos centenares de miles de hombres que se despedazan entre ellos por los intereses y la gloria de unos cuantos? ¿Los vecinos volver derrotados? ¿Quedarán tendidos bajo las nieblas del Mosá, ó volverán para ponernos el talón en el cuello?»

Representábame yo las grandes batallas.

La abuela, también muy inquieta y sentada junto á la ventana, me decía:

—¿Oís Federico?... ¿No oís nada?...

Yo aplicaba el oído y no oía más que el viento susurrar entre las hojas secas.

Algunas veces la ciudad parecía despertar de su letargo; oíase el estampido de los cañonazos desde Quatre-Vents á Wittelbronn y luego volvía á reinar el más profundo silencio.

Metz sostenía nuestra esperanza y de allí esperábamos ver llegar el socorro; pero debó contarte ahora una cosa que nos sorprendió mucho, que no podíamos comprender, acabando al fin desgraciadamente, por ser tan clara para nosotros, como para muchos más.

Unos quince días después del establecimiento de Bismarck Bolden en Haguenau, vimos llegar desde el fondo del valle un carruaje parecido á los de los alemanes que emigraban á América á fines que hubieran camión de hierro; era una góndola cargada de trastos viejos, jergones, camas, cacerolas, linternas, ¿qué sé yo? un perro muerto, una mujer mal peinada, una porción de chiquillos sarnosos y un señor llevando por la brida el caballo que apenas podía tirar de la carreta.

Mirábamos sorprendidos, y pensando lo que aquello significaba y que podía ser lo que buscaban aquellas gentes en nuestro país.

Bajo el toldo, junto al vimal, la mujer, que era vieja, amarillenta y arrugada, con la papalúa de traves, miraba las hiendras á sus hijos que se revolcaban en la paja, revueltos clásicos y clásicas, con los miembros flacos y el vientro como hinchado.

El padre era un hombre grueso, cubierto con un capote verde que le hacía pliegues en los hombros, los carrillos le colgaban y sobre una naricilla arrojada se le tenían con pena los anteojos. Llevaba los pantalones metidos en las botas, y una gran pipa de porcelana en la boca; esta facia tiraba de la brida del pobre pueño, que por lo escualido era el reverso de la medalla de su amo.

Sin dejar de andar ni de fumar el hombre, decía á la mujer:

—Hermuñá, mira qué boques! ¿qué prenderas! esta es la rica Alsacia.... estamos en un verdadero paraíso terrestre.

Tal impresion nos causó aquella gente, que cuando Merlin llegó por la noche no hablamos de otra cosa;

pero debíamos ver otras muchas, porque el pasaje de aquellos extranjeros en carretas de dos y de cuatro ruedas, requisados en el camino, duró mucho tiempo; todos los días pasaban tres, cuatro, cinco y más, cargadas de chiquillos, de viejos, de mujeres jóvenes grotescamente ataviadas con vestidos que me parecía haber visto quince ó veinte años antes á las señoras de Saverne, y con grandes sombreros adornados con rosas de papel sobre sus cabellos de color de azafraán, trenzados como las colas de nuestros abuelos. Aquellas gentes hablaban un alemán tan revocado que no le comprendíamos, y sus fisonomías representaban los tipos más variados y raros; molletudos y flacos los unos; esbeltísimos y barbudos los otros; éstos con patillas rojas, duras y crizadas como las púas del puercu-espín; aquellos barbudos y con guedejas gruesas como zalcas sucias; casi todos tenían los ojos pardos y claros; quién se abrochaba la polonesa hasta la barba para ocultar la camisa; quién iba envuelto en largas mantas de color de tierra; barbales entre ellos grandillones y desmadrados y pequeños; redondos como bolas; vivos, que iban y venían como perros que lustran la casa; pero todos, al ver nuestro hermoso valle lanzaban gritos de admiración; todos, hombres, mujeres y niños, levantando las manos, como nos cuentan de los judíos al entrar en la tierra prometida.

Así llegaban de todos los rincones de Alemania aquellas turbas fundidas, en ferro-carril hasta la frontera y en carreta después, porque los ejércitos alemanes necesitaban aquéllos para sus convoyes de tropa, de víveres y municiones.

Ya unos, ya otros nos preguntaban por el camino de Saverne, de Metting y de Lutzelstein; y bajando hasta el manantial que está más abajo del puente, se atraeban de agua fresca, bebiéndola en sus cacerolas y hasta en el hueso de las manos.

Devanábame yo los sesos para saber lo que aquellos extranjeros venían á hacer en nuestra tierra en circunstancias tan peligrosas, cuando los víveres eran pocos y caros, y nadie sabía si encontraría qué comer al día siguiente.

Ellos seguían su camino silenciosos, protegidos por las compañías del Landwehr que ocupaban el país militarmente.

Más tarde supimos que estos viajeros misteriosos participaban de las provisiones y de cuanto nos acababan con sus requisas los soldados alemanes, lo que les permitía economizar gastos y reconfortarse el estómago para seguir su camino.

Pues bien, Jorge, todos aquellos gitanos de nueva especie, cuya miserable apariencia nos inspiraba lástima, aun en medio de tantos sinsabores, eran empleados, funcionarios públicos que Alemania enviaba para que nos administráran y gobernaran. Si; eran profesores, interventores, escribanos, maestros de escuela, guarda-bosques y qué sé yo cuántas cosas más, que, desde los meses de Setiembre y Octubre, mucho antes del tratado de paz, acudían muy tranquilos á ocupar nuestros puestos, diciéndonos sin ceremonia:

—Quitate de ahí para que me ponga yo.

Hubiérase dicho que era cosa convenida de antemano, puesto que empezaron á llegar ántes de la rendición de Strasbourg.

¿Cuánto borracho, cuánto jugador perdido de los que tiraban al diablo por la cola hacia años y años en todos los pueblecillos de Pomerania y Brandeburgo; y y más lejos aún, que no habían sido ni hubieran llegado á ser nunca nada en su patria, y que ya no sabían á quién estafar una peseta! ¡Cuántos de aquellos perdidos, repito, cayeron entónces como lobos sobre la «rica Alsacia», paraíso terrestre prometido á los alemanes por sus reyes, sus profesores y maestros de escuela!

En la época de que te hablo aún se mostraban modestos, no obstante las singulares victorias de sus ejércitos, porque aún no estaban seguros de conservar hasta el fin *las ollas de Egipto*, y también porque comparando sus raídos trajes y su miserable aspecto con la decencia y bienestar de los funcionarios públicos de Alsacia y de Lorena; debían pensar para sus adentros:

—¿Será posible que Dios haya escogido á gentuza de nuestra especie para desempeñar tan buenos empleos? ¿Qué meritos extraordinarios concurren en nosotros para que representemos el primer papel en tan hermoso país por los franceses plantado, cultivado y enriquecido con fábricas, talleres y explotaciones de todas clases?... ¡Ah! quiera Dios que no lo reconquisten y nos obliguen á volvernos rabo entre piernas á nuestros tugurios miserables.

Si, Jorge; si tenían algo de sentido común y el sentimiento de la justicia había brotado en su mente, aquellos intrusos debían razonar de esta manera. En sus ojos y en su falsa sonrisa descubría yo la inquietud que los devoraba; pero en cuanto se rindió Strasbourg, y la traición les entregó á Metz, aquellas gentes entónces se creyeron realmente jefes de algo, inspectores, recaudadores, interventores, y su orgullo alemán, que ántes habían ocultado tan diestramente bajo su capa de baja, no ménos natural en ellos que el orgullo, y que les es característico cuando son los más débiles. Si, Jorge; era de ver cómo se crecían y se inflaban, viéndose cómodamente instalados en las grandes y hermosas casas; acostarse en las buenas camas de los prefectos, sub-prefectos y hasta de los jueces, despues de haber cobrado los impuestos y echado mano á los registros de todas las administraciones, mirando el oro y la plata de la «rica Alsacia».....

Sin duda no podían desechar el antiguo recuerdo de los tugurios en que habían hasta entónces vivido y de sus escasascecs habituales, por lo cual eran económicos y hasta mezquinos, regateando los céntimos á zapateros y sastres. Todas las cuentas les parecían caras, y gritaban, atribuyendo á nuestros artesanos el propósito de desollarlos á ellos. El último de nuestros remendones se hubiera avergonzado de mostrarse tan mezquinos como los nuevos funcionarios que nos metían tantos bienes en nombre de la patrín alemana, y nos mostraban su avaricia repugnante. Todo esto prueba con qué clase de gente teníamos que haberlosla.

CAPÍTULO VIII.

Un día de los últimos de Octubre, uno de los gendarmes de Bismarck Bohler que pasaba todas las mañanas por el valle, se detuvo ante nuestra casa, gritando:

—¿No hay nadie?

Yo salí y él me dijo:

—¿Sois el sargento Federico?

—Sí — le respondí.

—Pues tomad eso — dijo, dándome una carta.

Puso su caballo al trote y se fué á reñir con su compañero, que lo esperaba á corta distancia.

Entré en casa, y María Rosa y la abuela, inquietas, me miraban en silencio miétras yo decia, abriendo la carta:

—¿Qué querrán de mí esos prusianos?

Era una orden del inspector de Montes, establecido en Zornstadt, para que al día siguiente me presentase á él con todos los hombres de la brigada; y las mujeres se consternaron al saberlo.

—¿Y qué pincas hacer? — me preguntó María Rosa al cabo de un momento.

—En eso estoy pensando — le respondí. — Los alemanes no tienen órdenes que darne; pero son los más fuertes y pueden echarme de aquí de un día á otro. El caso pide reflexion.

Paseábame aburrido, cuando Juan Merlin entró de repente, diciendo:

—Buenos días, María Rosa, y vos también, abuela.

Y dirigiéndose á mí, añadió:

—¿Habeis recibido la orden del *Oberfoerster*, como llaman los alemanes al inspector general?

—Sí — le respondí.

—¡Ah! esa gente no se fia de vos — añadió — todos los guardias hemos recibido otra. ¿Os parece que debemos ir?

—Hay que pensarlo, ir inmediatamente á la *Petit Pierre*, y preguntárselo á M. Laroche.

Señalaba el reloj las ocho, y á mediodía ya estaba Juan de vuelta, diciendo que al inspector le parecía que debíamos ver lo que querían los alemanes, y ponerlo inmediatamente en su conocimiento; y en vista de esto resolvimos presentarnos.

Debes ahora saber que desde la llegada de los alemanes, los bosques habían sido saqueados; los árboles corpulentos, aún no partidos, lo mismo que los que ya lo estaban, y las pilas de tablas y de toda clase de madera, habían desaparecido. Los alemanes primero y los campesinos despues lo habían convertido en humo.

Yo repetía sin cesar á los guardas que ya que no podían impedir el delito tomaran nota de los delincentes, y despues de la guerra nos pedirían cuenta de ellas. Mi sección era, no obstante, la que ménos había sufrido, porque no dejé de vigilar como ántes, y al cabo siempre inspiran respeto los que cumplen con su deber.

Juan fué de mi parte á llamar á sus compañeros, que acudieron todos de uniforme, aunque sin placa, para ir juntos á Zornstadt; y en efecto, todos fuimos al siguiente día, y á las doce llegábamos al vestibulo

de la gran casa donde se había instalado el señor inspector con toda su familia.

Todas las tabernas estaban llenas de prusianos que bebían y cantaban, celebrando la capitulación de Bazaine, y el *Oberfoerster* también estaba de gala.

Naturalmente la noticia nos entristeció.

Allí encontramos otras brigadas, citadas como la mía; entre ellas las mandadas por Carlos Werner, Baltasar Kaedig y Jacobo Hepp.

Después de darnos un apretón de manos se decidió que se escucharía en silencio lo que tuviera á bien decirnos el inspector alemán, y que yo, que era el sargento más antiguo, hablaría por todos si era necesario responder.

Había francachela en casa del inspector. Se refocilaban, reban y cantaban el *¡Wacht am Rhein!* y tuvimos que esperar más de una hora.

Á pesar de su singular vanidad, aquella gente no había esperado alcanzar tan grandes victorias, y creo que á tener los nuestros otros jefes, á pesar de sus preparativos y de la superioridad numérica de los contrarios, no hubieran tenido éstos ocasión de regodearse como lo hacían.

Al cabo, á eso de las dos, un alemán, con un sombrero de fieltro verde adornado con tres ó cuatro plumas de gallo, con los carrillos y las orejas colorados, como quien sale de la cocina, nos abrió la puerta, diciendo:

— Podéis entrar.

Atravesamos una gran sala, y en otra pieza encontramos á nuestro hombre, solo, y sentado en un sillón, al extremo de una larga mesa todavía cubierta con botellas vacías y los restos de los postres.

Su cara estaba roja, amonitada cual moco de pavo; cruzábanse sus manos sobre el vientre, y parecía repleto y satisfecho.

Éra un buen mozo, llevaba una cambusa de tela verde, bordada con piel de mara; sí, Jorge, debo reconocer que era un buen mozo, alto, bien formado, cabeza cuadrada, cabellos cortados, quijadas sólidas, largos bigotes y no ménos largas patillas que le llegaban á los hombros. Mas ¡ay! que su nariz era gorda y abereygenula de color, y estaba salpicada de pequeñas costras lúrinosas que á primera vista chocaban, y que me obligaron á volver la vista para no reír en sus barbas.

Sus ojos, ademas, eran pequeños y ligados á patas de gallo tan grandes, que le llegaban á las orejas.

Viémos entrar, y cuando rodeamos la mesa, con los kèpis en la mano, después de observarnos bien, estiró un chuleco por abajo, tosió, y nos dijo con acento de enternecimiento:

— Sois buena gente.... tenéis fisonomía alemana, lo que me agrada mucho, y también vuestro aspecto.... estoy contento de vosotros....

Los convidados que estaban en la sala inmediata, reían de nuestra que el inspector tuvo que interrumpir y llamando al criado que nos había recibido, le dijo:

— Wilhelm!, cierra esa puerta.

Obedeció el criado, y el señor inspector continuó de esta manera:— Sí; tenéis buenas fisonomías alemanas.... Cuando pienso que habeis tenido que sufrir

durante tantos años la servidumbre de esa raza de fanfarrones no puedo contener la indignación; pero gracias al Eterno y á los ejércitos de nuestro glorioso rey Guillermo, ha llegado la hora de vuestra emancipación; el reinado de Sodoma y de Gomorra acabó ya. Ya no se volverán á ver honrados padres de familia, buenos servidores que cumplen con exactitud y lealtad sus deberes, conservando la propiedad de Su Majestad; ya no se verá más á personas tan dignas, reducidas á vivir con quilibientos ó seiscientos francos de sueldo, en tanto que los aventureros, los violadores de la ley, los jugadores, los entes viciosos y corrompidos se adjudicaban á sí propios cuarenta millones anuales para mantener bailarinas, cocineros, aduladores y espías, y para declarar la guerra sin la menor razón á vecinos pacíficos, sin municiones, sin cañones, como verdaderos imbéciles. No, esto no volverá á verse jamás, porque la vieja Alemania se opone.

Satisfecho de lo que acababa de decir el señor inspector llenó su vaso, sin duda para refrescar las ideas, lo bebió gravemente de un solo trago, entorpeciendo los ojos, y continuó diciendo:

— He mandado que vengáis para que sepáis que conservo vuestros empleos, porque he visitado los hogares y he visto que todo está en su orden y reconocido que sois servidores fieles; por lo cual es justo que os quedéis en ellos. Os anuncio también que doblaré vuestros sueldos; que los viejos servidores, en lugar de recibir el retiro, tendrán ascensos, y que gozarán de un honrado bienestar proporcional á sus grados; y, por último, que la beneficencia de Su Majestad os alcanzará á todos, y que bendeciréis en vuestra vejez la anexión de la noble Alsacia á la madre patria. Día llegará en que contaréis á vuestros nietos vuestra larga cautividad en Babilonia, que tanto os ha hecho sufrir, y seréis los más fieles servidores de su Graciosa Majestad. ¡Esto es cuanto desco! Antiguos funcionarios como vosotros, respetados y honrados en el país por vuestra lealtad y vuestros servicios, ejercen siempre gran influencia sobre los campesinos, por lo cual manifestaréis altamente nuestra adhesión á nuestro glorioso rey Guillermo, esa adhesión que nace del corazón, y que no pueden ménos de sentir alemanes tan buenos como vosotros. Sí, ahora prestaréis juramento de fidelidad á Su Majestad, y lo demás, empujando por el aumento del sueldo, yo os doy solemnemente mi palabra de inspector, que todo se cumplirá al pié de la letra tal y como os lo acabo de decir.

Mientras esto decía no dejaba de observarnos con sus ojillos medio entornados; y detrás de nosotros vimos algunos alemanes de elevada estatura, puestos de uniforme, que parecían maravillados y hasta enternecidos oyendo aquel discurso. Nosotros estábamos helados, con el kèpis en la mano, y como yo estaba encargado de responderle, todos me miraban queriendo descubrir mi pensamiento.

Calcula, querido Jorge, cuál debía ser mi indignación, oyendo que nos llamaba hombres honrados y buenos servidores, precisamente para convertirnos en traidores y desleales.

Yo estaba ruborizado y habría querido poderle responder que sólo la canalla acepta el título de hombre honrado al perder la honra; pero contenía la lengua, no queriendo comprometer á mis compañeros, porque muchos de ellos estaban cargados de familia, y me parecía excesiva mi responsabilidad.

El señor Inspector callaba y miraba, fija la mirada en nosotros, y en mí particularmente, puesto que me interpeló diciéndome:

—Vámanos, podéis hablar, tenéis mi permiso.

Entonces yo le respondí:

—Señor Inspector, como el más viejo de los guarda-bosques de las tres brigadas, mis compañeros me han encargado que hable por todos; pero como es grave la proposición que acabais de hacernos, me parece que cada uno pedirá tiempo para reflexión.

Todos inclinaron la cabeza en señal de asentimiento; pero él, sorprendido porque había pensado sin duda que el aumento de sueldo nos decidiría á aceptar, se quedó un instante mirándonos con ojos espantados, como si viese algo extraordinario é incomprensible. Luego fué mirando sucesivamente á los demás, y acabó por fruncir el entrecejo y decir con tono rudo:

—Os concedo veinticuatro horas. Mañana á esta hora quiero tener la respuesta, escrita con un sí ó un no, firmada por cada uno de vosotros. No creáis que nos faltan hombres. En Alemania hay muchos y buenos; guarda-bosques experimentados, tan bien como el mejor de entre vosotros, y que no desearán nada mejor que venir á esta rica Alsacia, abundante en toda clase de productos, y alojarse en buenas casas, en medio de magníficos bosques, muy productivos, sin más trabajo que dar una vueltocilla por la mañana y otra por la tarde, escribir el acta y cobrar mil quinientos francos al año, además de disfrutar de un buen huerto, un prado para que pascen la vaca, madera para calentarse y todo lo demás. Centenares de hombres esperan con impaciencia la primera señal para venir. Pesad bien vuestra respuesta; pensad en vuestra mujer y en vuestros hijos, y temed no tengais que arrepentiros luego de haber dicho no. Francia está completamente arruinada; está sin un céntimo. Los raquíticos bosques que le quedan en la Landa y en Bretaña no sirven más que para palos de escoba; los guarda-bosques de aquellos montes serán conservados en sus puestos y vosotros seréis abandonados. ¡Sois alemanes; los franceses os explotan y os desprecian llamándoos «cabezas cuadradas.»

Reflexionado bien. Os doy un consejo de hombre honrado, de hermano, de alemán y de buen padre de familia.

Diciendo esto, me miraba pensando qué iba á responderle; pero yo apretaba los labios y sentía como si me rozara la frente un soplo helado.

También callaban los compañeros, y entre tanto, al lado, detrás de la puerta, tocaban el piano y una mujer cantaba con voz dulce y melancólica.

—¡Veinticuatro horas! — repitió levantándose el Inspector, de mal humor. — Ya le ois, veinticuatro.

Tened presente además que los que digan no pueden liar sus trapos y marcharse, que no estamos dispuestos á conservar entre nosotros peligrosos enemigos.... Nosotros no somos tan tontos como los franceses....

Dijo esto con gesto desapacible, y se entró en la sala inmediata, en tanto que nosotros destilábamos por el vestíbulo.

Lo que el Inspector acababa de decir, de que difícilmente nos emplearían en Francia, y que los alemanes nos expulsarían sin misericordia, era una disyuntiva terrible, y los más valerosos bajaban la cabeza.

Algunos, pálidos, confusos, quisieron entrar en el gabinete del *Sapós* para deliberar, y más aún, por conocer mi opinión; pero yo les dije deteniéndome ante la puerta de la posada:

—Compañeros, económicamente cuanto dinero tengamos; veintidós céntimos por un cartillo sea siempre veintidós céntimos; tendremos que marcharnos, y cuando se viaje con la mujer, los hijos y los abuelos, todo el dinero es poco.

El grandullón de Kerus quería más explicaciones. Muchos me rodeaban y yo no pude ménos de decirles: Oídme.... De lo que á mí se refiere, ya sé lo que he de hacer; pero en circunstancias tan críticas, cada cual debe quedar libre y obrar según su conciencia. Yo no puedo dar consejos á nadie.

Y viendo al pobre Jacob Heff, padre de seis pequeños, encorvado y con los brazos caídos y los ojos fijos en el suelo, exclamé:

—¡Vaya.... démonos un apretón de manos, que acaso será el último, y que los recuerdos de la antigua amistad nos acompañen adonde quiera que la suerte nos lleve!

Muchos se abrazaron tiernamente, y allí nos separamos.

Juan Merlin y yo echamos por el camino del Felberg, y nunca supe si los otros entraron en la taberna ó volvieron á sus casas.

Juan y yo anduvimos mucho tiempo sin decirnos una palabra, atormentados por las ideas que cruzaban por nuestra mente.

Al salir de Zornstutz trepamos hasta las Bruyères y la meseta de Graffthal, y de repente un rayo del sol, abrasando las nubes, iluminó el bosque dejándonos ver por entre los desnudos troncos, en el fondo del valle, la linda casita donde yo había pasado tantos días felices, desde que el tío Bronat me había dado su hija por esposa.

Detúveme: Juan, que me seguía, se puso á mi lado; y con las manos apoyadas en los bastones, contemplamos, como si estuviéramos soñando, la escena que la inesperada luz del sol nos alumbraba.

Todos los días de mi pasada vida destilaban en mi mente.

La casita parecía pintada sobre la pendiente en medio de la vertiente, entre los altos pinos. Su tejado de planchas parducas; su chimenea, de la que se escapaba como un hilo de humo. Sus ventanas, que María Rosa adornaba en la primavera con macetas de jazmín y de roseda. Las empalizadas, por las

que tropaba la hiedra; el cobertizo con sus pilares ruinosos; todo lo veíamos y nos parecía estar tan cerca que podíamos tocarlo con la mano; y yo, absorto contemplándole, pensaba:

«Mira bien, Federico, mira este rincón del mundo, tan apacible, donde pasó tu juventud y que debes abandonar cuando tu cabeza se cubra de canas, si no sabes dónde irás... mira esa pobre bar-

raca donde tu mujer Catalina te dió tantos hijos, muchos de los cuales descansan bajo tierra.... mira y recuerda las horas de calma, en las que tu vida se deslizaba tranquila, rodeada de buena gente que te llamaba buen hijo, buen padre, buen esposo, hombre honrado, y que rogaba á Dios te colmase de bendiciones.... ¿De qué te sirve ahora haber sido buen hijo y buen padre, haber cumplido todos tus



Juan que me seguía se puso á mi lado.

déberas, puesto que te expulsan sin que nadie pueda reclamar en tu favor? Los alemanes son los más fuertes y la fuerza forma el derecho....»

Por lo demás mi resolución era inquebrantable. Prefería morir á cometer una baja.

Merlin estaba apoyado en un árbol, muy triste, y yo le dije:

—Esta es la última vez que verá nuestra vieja barraca; mañana el Inspector recibirá mi respuesta, y pasado cargaré los muebles en el carro, á iré donde Dios quiera. ¿Y tú, qué piensas hacer?

Entrojeció al oírme, y murmuró:

—¡Oh tío Federico! ¿Podéis preguntármelo? Me doís pena. ¿No sabéis lo que haré? Haré lo que vos. No hay dos maneras de ser hombre honrado.

—Está bien, ya lo sabía—le dije;—pero me alegro de habéroslo oído decir; entre nosotros las cosas deben de ser claras, que no somos aquí alemanes, que andan á un tiempo por treinta y seis caminos y á quienes ningún medio parece malo si conduce al fin.... En marcha; pues, Juan Merlin, y buen ánimo.

(Se continuará.)

PORTADA DE LA IGLESIA

DE SANTA MARÍA DEL MAR, EN BARCELONA.

La iglesia de Santa María del Mar es, sin duda, la más acabada de cuantos hermosean á Barcelona.

Sombria, aunque nitosísima, descuellan su masa por entre apañado caserío, y no ménos arrogante se alza su portada, de la que ofrecemos una reproducción á nuestros lectores.

Una grandiosa ójiva de arcos concéntricos en degradación ábrese en mitad de su cuerpo, algo saliente, coronada por un remate triangular de delicado encaje, descansando en un estribo de aquéllos del mismo gusto que festonean toda su base.

En el tímpano hay la imagen del Salvador, en actitud de dar la paz al mundo, sentado entre la Virgen y San Juan, que de hinojos eran á sus pies.

Ademas, cobijados por sendos doacletes flanquean la ójiva por derecha é izquierda las imágenes de San Pedro y San Pablo.

El interior de la iglesia en nada desdice de su exterior.

La construcción de la iglesia data de 1329, en que se colocó su primera piedra, terminándose en 1383.

EL CASTILLO DE PONFERRADA.

LEYENDA FEUDAL.

I.

La poderosa Orden de los templarios (1) había sufrido en Francia grandes persecuciones, siendo quemado en París, en público suplicio, el gran maestro Jacobo de Atolay.

Felipe el Hermoso aborrecía á la Orden del Temple, y ambicionaba sus bienes, que eran cuantiosos.

El suplicio del gran maestro había tenido lugar en el año de 1307.

Cinco años más tarde, y á causa de las repetidas instigaciones del rey Felipe, el papa Clemente V extinguió la célebre Orden, terror de la morisma y uno de los más firmes apoyos del monarca cristianísimo.

Cierto es que los templarios se habían ensoberbecido mucho con su creciente poderío, que estaban muy distantes de ser modelo de todas las virtudes como habían sido en su principio; pero también es verdad que no eran merecedores de ser tratados tan cruelmente, ni de que se les despojase de lo que habían ganado con la punta de sus lanzas y á costa de su sangre, peleando contra infieles.

Á fin de hacer odiosos al vulgo á aquellos valerosos caballeros, se habían inventado las fábulas más absurdas, entre ellas la de que adoraban á un gato negro en representación del príncipe de las tinieblas.

(1) Fue fundada en Jerusalem, en el año de 1118.

El nombre de templarios procedía de que éstos habitaban en un principio cerca de las ruinas del famoso templo de Salomón.

Expulsados también de España, tuvieron que abandonar las encomiendas que aquí tenían, entre las cuales, una de las más importantes era la de Ponferrada en el reino de Leon.

En Ponferrada, la antigua *Flavia* de los romanos, se elevaba, y se eleva todavía, un castillo de los templarios.

Obedientes éstos á la orden del Pontífice, abandonaron la fortaleza y abandonaron la villa.

En el reparto de los despojos de aquella Orden tocó la villa y castillo á D. Jeofre de Arlanza, privado del monarca leonés.

Don Jeofre y su esposa D.^a Sol fueron á tomar posesión de la villa, y les agradó tanto, que determinaron pasar en ella largas temporadas.

Era D. Jeofre un anciano bondadoso, prudente y sabio, por cuyas bellas prendas le querían desde el Rey hasta el último de sus vasallos.

En nada se le parecía la esposa, mucho más jóven que él. Doña Sol era una mujer despótica, que menospreciaba á todos aquellos que ocupaban una posición inferior á la suya; Desgraciados de sus vasallos si no hubiera existido D. Jeofre! Éste, con su angelical carácter, procuraba calmar la continua irascibilidad de su esposa, y combatía en lo posible las injusticias que ésta cometía.

Los nuevos señores de Ponferrada tenían un hijo, gallardo mancebo de poco más de catorce años.

El adolescente se llamaba Farfan, y tenía por compañero, por amigo más bien, á Ares, jóven de su misma edad y paje de lanza de su padre.

Oso daba ver á los dos muchachos con su constante y franca alegría, que animaban algun tanto los largos corredores, los altos aposentos abovedados y las severas cámaras del castillo. Ambos vestían de igual modo, y si no hubiera sido porque Farfan tenía el rostro pálido y delicado como el de una doncella, y Ares era moreno y revelaba ya en su temprana edad un carácter mucho más enérgico que el de su compañero, se les hubiera tomado fácilmente por hermanos.

Farfan era querido hasta la idolatría por su madre, la cual sólo por complacer á su hijo toleraba que éste tuviese por amigo á un paje, á un humilde muchacho hijo de un antiguo escudero de su esposo, muerto en guerra contra los alarbes.

II.

Una mañana, cuando aún no había salido el sol, Ares jugaba en el patio grande del castillo con un hermoso sabueso.

El animal corría, demostrando con sus enormes saltos y fuertes ladridos su contento.

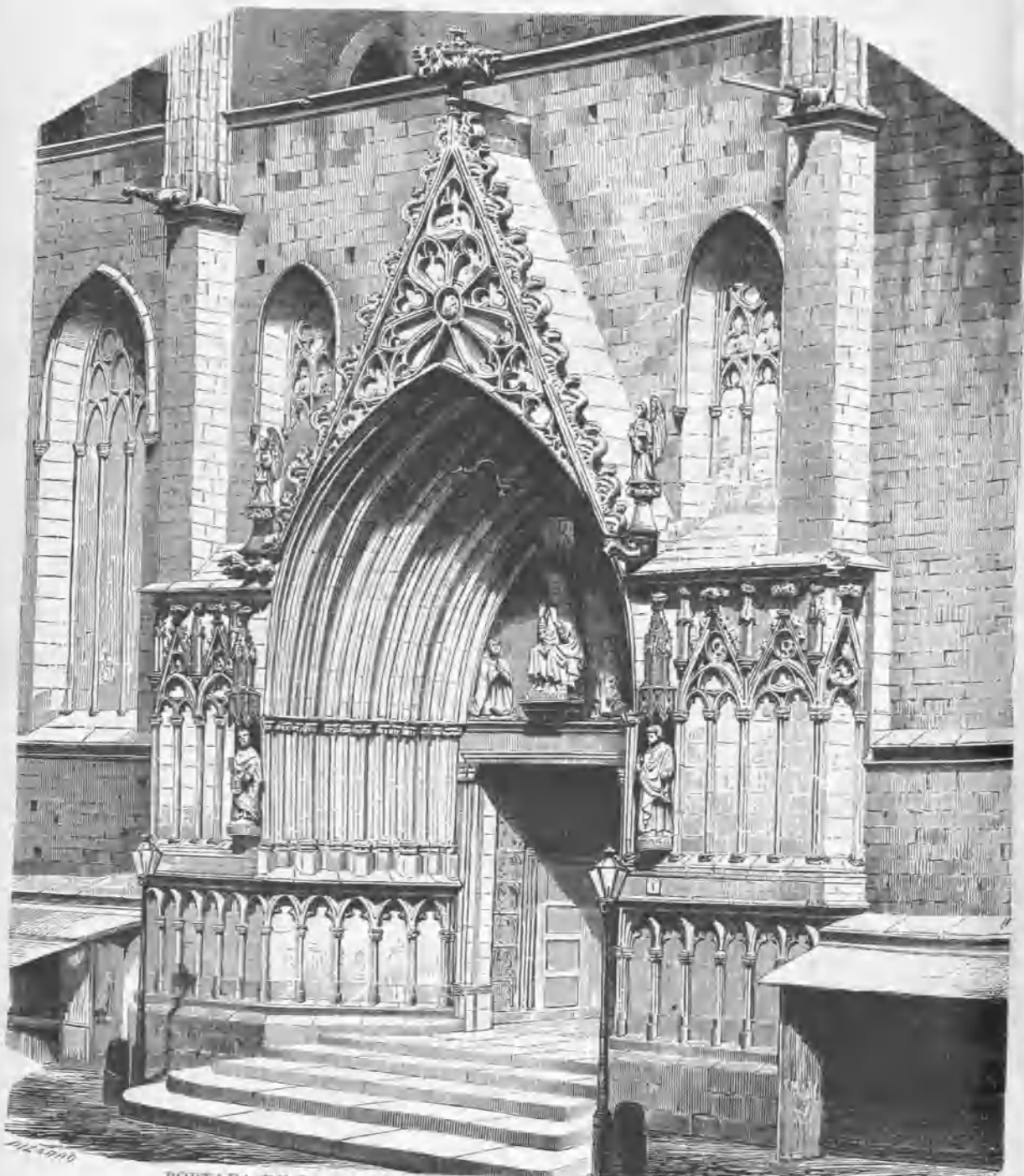
También corría el muchacho, bien ajeno de pensar en lo que iba á suceder en breve.

De pronto, una mujer, D.^a Sol, se asomó á uno de los balcones de piedra que caían al patio: los ojos de la dama chispeaban de cólera.

El perro continuaba corriendo y ladrando.

— ¡Ares! — gritó la castellana con enronquecido acento.

Alzó el muchacho la cabeza, y al ver á la madre



PORTADA DE LA IGLESIA DE SANTA MARIA DEL MAR, EN BARCELONA.

de su amigo, se despojó del birrete de veludillo carmesí que llevaba puesto.

—Coge un látigo?—prosiguió D.^a Sol—y castiga á ese maldito perro.

La mirada de asombro que Ares dirigió á la castellana equivalía á esta pregunta: ¿Y por qué, señora?

—¿Me has pido?—añadió con iracunda impaciencia la dama.—Ese animal ha interrumpido mi sueño con sus ladridos, y quiero que le castigues.

Ares llamó al sabueso, que corrió hácia él con la velocidad de una saeta, y el jovenzuelo lo agarró por el collar. Despues, con una entereza superior á sus años, dijo:

—Pierda cuidado mi señora, que *Leal* no volverá á incomodarla.

—Bien; pero castígalo como te he ordenado.

Movió el paje de un lado á otro la cabeza, en señal de negativa, y haciendo una profunda reverencia se puso el birrete y se alejó con el perro.

Imposible es pintar con acierto la expresion de asombro y de cólera que se dibujó en el rostro de la castellana. La regularidad de sus facciones habia desaparecido casi instantáneamente; estaba livida, y parecia que sus ojos iban á saltar de las cuencas.

Nada hay más repugnante que una mujer encolorizada: en semejante estado, una individuo del bello sexo, aun cuando sea jóven y lozana, se asemeja á una furia.

Á D.^a Sol le parecia estar soñando.

¿Cómo habia de existir un villano tan audaz que se atreviese á desobedecerla?.....

Cien proyectos de venganza empezaron á revolverse en su imaginacion: en un instante brotó en su alma un ódio inextinguible, y juró, asománfosele á los ojos lágrimas de rabia, la muerte del paje.

Pero nada dijo, ni aun dió las quejas á su esposo, y la explosion de su reconcentrada cólera no se verificó en aquel momento. Por un supremo esfuerzo de su voluntad, su desencajado rostro se compuso instantáneamente, y hasta asomó á sus labios una sonrisa. ¡Ay! aquella sonrisa era una amenaza de muerte para Ares.

Al retirarse del balcón, tartamudeó estas palabras:

—¡Si no me vengase moriría!

Desde aquella mañana se operó en ella un cambio que á todos llamó la atención.

Lo áspero del carácter se habia dulcificado algun tanto, parecia otra mujer, y D. Jeofre se preguntaba á sí mismo con asombro á qué santo ó á qué ángel era deudor de tan provechosa metamorfosis.

Doña Sol no pensaba más que en la venganza; la acariciaba en su mente, y al hacerse la ilusion de que se habia realizado se sonreia, disfrutando de antemano de ese bárbaro placer que los antiguos llamaron *de los dioses*. Sólo esperaba una ocasion propicia, pues no queria malograr aquella venganza tan ansiada.

III.

La casualidad favoreció sus malvados intentos.

Una mañana, dos heraldos Reales se presentaron á las puertas del castillo.

El rey D. Alfonso XI, que poco tiempo ántes habia subido al trono, mandaba proclamar un torneo, que debia tener lugar en la ciudad de Leon, con motivo de una importante batalla ganada á los infieles.

Pero aquel torneo era un torneo extraordinario, llamémosle así: no debian tomar parte en él más que adolescentes, pues el deseo del Rey era que la juventud se acostumbrase al manejo de las armas desde su más tierna edad. No se excluian de aquella justa, en que debian emplearse únicamente armas *corteses*, los pajes de todas clases, aun cuando no descendiesen de raza hidalga; tan sólo les estaba prohibido el tomar parte en la liza á los moros y hebreos, y á los descendientes de éstos aun cuando estuviesen bautizados.

Gran alborozo causó en los pechos de Farfan y de Ares el pregon del rey D. Alfonso XI. Ir á la corte, vestir de pies á cabeza armas de caballero, manejar una lanza en el torneo, y aspirar á los premios ofrecidos por el monarca de Leon, eran motivos más que suficientes para alborotar el ánimo de los mancebos de aquella época.

Los premios ofrecidos por el monarca consistian en una espada de corte, guarnecida de piedras preciosas, en una espuela de oro, y en una primorosa banda de seda bordada de oro y plata.

—Yo—decia Farfan—le disputaré al marido entero la espuela, pues quiero regalársela á mi padre.

—Y yo—añadia Ares—ya que no puedo ceñir espada de caballero hasta tanto que la haya ganado á lanzadas, haré todo cuanto pueda para ganar la banda.

Ambos jóvenes, despues de haber elegido en la arméria las armaduras que mejor les parecieron, fueron á demandar licencia, el uno de sus padres, y el otro de sus señores, para asistir al torneo.

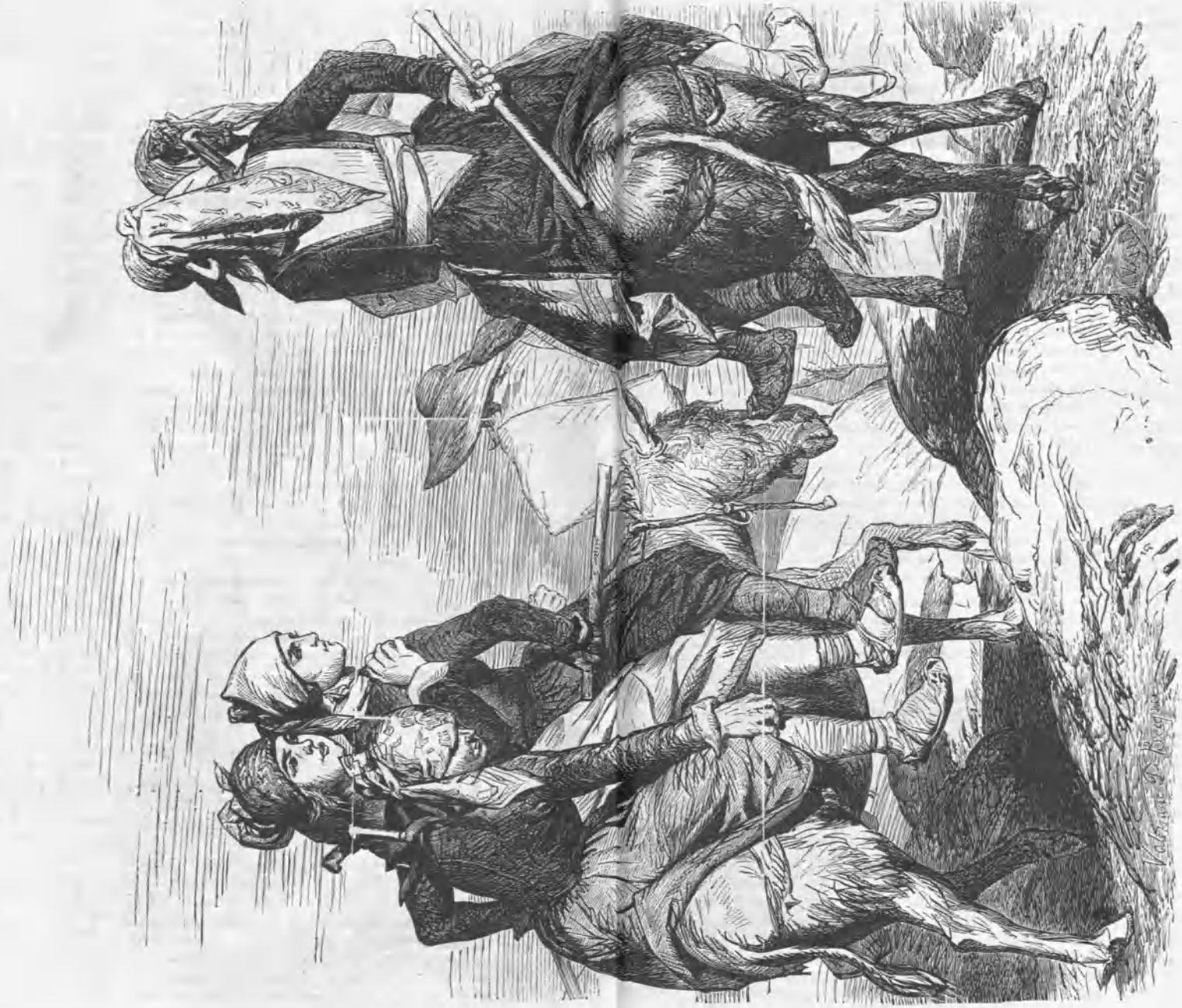
Fuéle otorgado á Ares el permiso que solicitaba; pero el jóven heredero de los señores de Arlanza sólo obtuvo de los autores de sus dias una rotunda negativa; la que más tenazmente se oponia al deseo del jóven era su madre.

Triste Farfan, y no muy alegre Ares, por no poder llevar á su amigo en su compania, este último empezó á hacer los preparativos necesarios.

La vispera de la partida, que debia tener lugar al amanecer, Farfan le dijo á su compañero:

—¡Hermano mio! ¿voy á pedirte un sacrificio enorme que jamas olvidaré, y que algun dia sabré recompensarte generosamente!.... El favor que de ti espero es que me dejes ir al torneo en lugar tuyo. Mis padres creerán que eres tú el que partes, y tú te quedarás escondido en el castillo. Este inocente artificio nos será perdonado fácilmente, y si, como espero, vuelvo vencedor, mi regreso será un dia de júbilo en toda la villa. ¡Por Dios, hermano mio, que no rechaces mi súplica!....

Calló el mancebo, y el paje se quedó meditando.



LAS SEGADORAS.

—Mucho es lo que me pides— dijo al cabo— pero no en vano somos amigos desde nuestros primeros años. Irás al torneo y yo me quedaré oculto en los sótanos del castillo hasta que hayas tenido tiempo de llegar á Leon. ¿Estás contento?

Lanzó Farfan un grito de júbilo, y dió un estrecho abrazo al complaciente paje.

Conviniéron ambos en la mejor manera de llevar á cabo el concertado proyecto, y á la mañana siguiente partió Farfan más alegre que una alborada de primavera, en tanto que su amigo se escondía en los sótanos, llevando abundantes provisiones para hacer más soportable su estancia en aquellos lugares tenebrosos.

Vestía Farfan una armadura completa, cuyo peso soportaba fácilmente, y cubría su cabeza un casco de los llanados de *exclamación*, que eran los que se solían usar en los torneos.

Los jóvenes de aquel tiempo estaban muy acostumbrados desde la más tierna edad á los ejercicios corporales, y por lo tanto, sus fuerzas se desarrollaban de un modo extraordinario.

Alegre iba, repetimos, nuestro gentil mancebo, menajeando con suma maestría y gracia el fogoso corcel que montaba.

Caminaba solo, respirando con delicia el aire embalsamado de las montañas leonesas, en donde crecen en abundancia el tomillo y el tomoro.

Fué avanzando el día, y cuando el sol empezaba á caminar hácia su ocaso, avistó desde lejos las agrupadas casas y los almenados muros de la fortaleza señorial de Bembibre.

Antes de llegar á la villa tenía que atravesar un espeso robledal.

Penetró en él desconfiadamente, sin sospechar que la más negra traición, hija de una atroz venganza, le esperaba oculta en las sombras.

Dejemos caminar descuidadamente al mancebo, y volvamos á Ponferrada.

En la creencia de que era el paje el que caminaba hácia Leon, D.^a Sol echó bien pronto de menos á su hijo.

Inquieta, abrigando quizá un funesto presentimiento, hizo buscar al joven por todas partes; como debe suponerse, no se le encontró en lugar alguno.

La inquietud de D.^a Sol aumentaba.

—¡Mi hijo! ¿Que busquen á mi hijo!— repetía la recogidada madre sin cesar.

Y nuevos erisarios partían en busca de Farfan, sin ser más dichosos que sus antecesores.

También el Sr. de Ponferrada estaba inquieto, pero no tanto como su esposa, pues creía que su hijo había ido á cazar al vecino bosque.

Pero llegó la noche y el joven no se presentó; lo mismo sucedió á la mañana siguiente. Doña Sol era presa de la más viva desesperación.

Cuando más desolada se hallaba, un hombre de anchos hombros y brazos de atleta, el ejecutor de las justicias feudales en la villa, se acercó respetuosamente á ella, y le dijo en voz baja:

—Mi señora está servida; el paje ni áun tuvo lu-

gar para defenderse: le eché un lazo al cuello, le derribé del caballo, y.... allá queda tendido en el robledal de Bembibre.

—Bien está— añadió ásperamente D.^a Sol.
¡Justicia divina!

En aquel mismo instante Ares, aquel á quien el verdugo hacía referencia, cansado de su voluntario encierro en los sótanos, se presentó en el sitio en donde tenía lugar la escena que vamos refiriendo.

Horrorizada D.^a Sol dió un grito terrible; creía que acababa de aparecersele la ensangrentada sombra del paje, para pedirle estrecha cuenta de su atroz venganza. Pero al convencerse de que Ares no era un fantasma, adivinó la terrible verdad; y mesándose los cabellos, gritó con el acento de la aflicción más viva:

—¡He dado muerte á mi hijo! ¡Estoy maldita del cielo!....

Y con paso rápido, y sin que nadie pensara en detenerla, se subió á una almena y se arrojó de cabeza al foso del castillo: su muerte fué instantánea.

Al día siguiente unos pastores entraron por las puertas de Ponferrada conduciendo en unas parihuelas el cadáver de Farfan: el cuerpo del infortunado joven tenía varias heridas, todas ellas mortales.

Poco tiempo sobrevivió D. Jeofre de Arlanza al espantoso drama; y Ares, tan milagrosamente salvado de la muerte que le tenía preparada la vengativa D.^a Sol, jamás pudo consolarse de la pérdida de su compañero de la infancia.

En la actualidad las espaciosas salas del antiguo castillo de Ponferrada sirven de graneros.

ANTONIO DE SAN MARTÍN.

LAS SEGADORAS.

En algunas aldeas de la provincia de Soria, como en muchas otras localidades de España, escasas de producción y pobres de recursos, la mujer comparte con el hombre las rudas faenas de la labor, ó atiende casi exclusivamente á ésta mientras sus maridos y padres se dedican al pastoreo.

Nada más común, por lo tanto, que ver en la época de la recolección á los pinarriegos dirigirse en pintorescos grupos, y armados de sus instrumentos agrícolas, ya á trabajar en las heredades propias, ya á regar y recoger las mieses ajenas.

El dibujo que hoy ofrecemos á nuestros lectores da una idea justa de las varoniles costumbres de estas aldeanas.

LA NOCTURNA PINIPERDA.

El principal enemigo de los pinos es el bombyx procesionario del pino, cuyas orugas viven en sociedad en grandes nidos, sedosas blancas y ovoides, de la manera del procesionario del roble.

Además de este lepidóptero tan nocivo, el pino vestre es atacado también por una mariposa de su gran familia: las nocturnas.

La especie es llamada *Trachea piniperda* Paufjer; oruga sale á principios de Abril, de huevos pues unos tras otros en las hojas aciculares. Es temible, principalmente porque aparece ántes del desarrollo de los brotes, que devora, y hasta entra en los brotes, se oculta en ellos por completo y los hace perecer.

Crece en Mayo y Junio y llega á su desarrollo en Julio.

De un largo de 36 milímetros, sin pelos, cilíndrico y un poco adelgazado en la extremidad posterior, es de un color verde-oscuro vivo, el cual atrae grandes y largas líneas longitudinales, blancas en el dorso, de un color rojo de herrumbre á lo largo de los estigmas. La cabeza y las seis patas escamosas son de color herrumbre: las patas membranosas, en número de diez, son ovoides.



Mariposa nocturna.

Estas orugas descienden de los pinos á fines de Julio y Agosto.

Se encienden en el musgo ó entran un poco en la tierra arenosa que forma ordinariamente el suelo de las selyas de los pinos.

Se convierten en crisálidas óvoide-cónicas, primero verdes, luego toman un color moreno subido, con dos espinas á la extremidad del último segmento del abdomen, y bajo esta forma pasan el invierno.

Se convierten en mariposas en Abril. Aunque clasificadas entre las nocturnas, vuelan en pleno día, principalmente al sol, y son muy ágiles.

En las mañanas frescas y brumosas se las hace caer fácilmente, pues entonces están como adormecidas, apaleando las ramas de los pinos, poniendo por debajo un paraguas invertido.

El macho y la hembra son iguales y de bellos colores en las alas superiores, lo que es poco frecuente en las nocturnas.

Las antenas son dentadas y están provistas de pelos en hacecillos en los machos, filiformes en las hembras.

Sólo en el estado de orugas, y principalmente de crisálida, es cuando se puede pensar en destruir esta especie funesta á los bosques de coníferos, si las

aves, los cábaros y los estafilios son insuficientes. Se encienden los árboles ó las ramas, poniendo trapos debajo, y se queman en seguida las orugas visibles, que el choque ha hecho caer.

Es más simple conducir, desde fines de Agosto al mes de Mayo, rebatos de puercos á los pinares; escarban el suelo y devoran las crisálidas.

LOS SUEÑOS GEMELOS.

TRADICION DE GRANADA.

I.

Una de las ciudades españolas más rica en tradiciones, es indudablemente la artística Granada.

La hermosa ciudad de Boabdil el Chico tiene el inestimable privilegio de cautivar la atención del viajero que encuentra en cada calle, en cada plaza, en cada edificio, un recuerdo de los pasados siglos, especialmente de aquellos que se remontan á la dominación mahometana.

En el Albaicín, antiguo barrio de la población morisca, existe una casa destaralada y sombría.

Pintada toscamente en uno de sus desmoronados paredones se ve una cabra de mayor tamaño que el natural.

La pintura es tosca, ó indudablemente pertenece á la época de los moros, áun cuando á éstos les está prohibido por el Corán pintar figuras de hombres y animales.

Tiene la cabra en el vientro una especie de parche de color algo más oscuro que el resto del cuerpo.

Aquel parche hace referencia á un suceso extraordinario, y éste es el que voy á referir á mis lectores.

II.

Allá por los años de 1560, ó sea á principios del reinado de Felipe II, vivía en la vieja casa que hemos citado ya, un honrado matrimonio sin hijos, tan dichoso por sus halagüeñas esperanzas como infeliz por sus escasos medios de fortuna: el marido se llamaba Anselmo y su esposa Dorotea.

Ambos frisaban en los cuarenta años, y vivían con el escaso producto del trabajo del primero, trabajo consistente en remendar calzado viejo.

Dorotea, más impaciente que su esposo ó con menos fe que éste, se quejaba de continuo de su suerte infeliz.

En cambio, Anselmo siempre tenía la faz risueña y oponía á las repetidas quejas de su apesadumbrada mitad estas filosóficas palabras:

—Mujercita mía, tras del mal tiempo viene la calma; después del llanto tiene lugar la risa. Consuélate, pues al fin y al cabo hemos de ser ricos.

—¿No será machacando suela ni remendando boreguies!—replicaba lastimeramente Dorotea.

—Yo no sé cómo será—añadía el zapatero de viejo—pero cada día estoy más persuadido de que las riquezas vendrán cuando ménos se piense.

Cierta noche en que el mísero matrimonio se había acostado sin cenar, Anselmo tuvo un sueño.

Sonó que se le aparecía un hermoso mancebo de rostro resplandeciente, *un ángel*, á no dudarlo, y le decía:

— ¡Tu fe en el porvenir te ha valido la fortuna; todas las comodidades que proporciona el oro!

¡Pronto cesarán tus penalidades! Parte sin pérdida de tiempo á Madrid y allí encontrarás un tesoro.

Desapareció el mancebo, y Anselmo despertó alborozado.

Sus exclamaciones de alegría despertaron á Dorotea, que roncaba como una bendita.

Comunicóle el zapatero su sueño, pero ni aun en-

ANTAÑO.



Dichoso siglo y tiempos los de atrás,
en que el sastre era un sastre, y nada más.

tónce consiguió infundir esperanzas en el pecho de la incrédula.

A la siguiente mañana, á pesar de la tenaz oposición de Dorotea, el marido de ésta se puso en camino para la coronada villa, sin un cuarto en el bolsillo y sin viandas en las alforjas, pero murmurando alegremente.

— ¡Hambre que espera hartura casi no es hambre! Después de un largo y penoso viaje, el buen zapatero llegó á Madrid.

No conocía á nadie en la villa, no tenía recursos, y sin embargo continuaba esperando.

Más de una vez, y también más de dos sufrió los rigores del hambre, y sin albergue y sin pan, tuvo envidia de los perros vagabundos que discurrían por las calles.

Durante las primeras horas de la noche, esperando siempre la realización de su sueño, solía situarse en la esquina de una calle, al pie de una imagen de la Virgen de los Dolores que allí había.

En la misma casa que formaba la esquina había una botica, y el dueño de ésta fijó al cabo su atención en Anselmo.

Aquel hombre, de pobre traje y de rostro escuálido, que no pedía limosna, y que un día y otro día pasaba largas horas arrimado á la esquina, era, se-

gun la opinion del boticario, un sér misterioso que de ningun modo podia pasar desapercibido.

No cesaba de cavilar el boticario en él, y ardía en deseos de averiguar su nombre y el objeto que le guiaba al pié de la santa imágen.

No se pasó mucho tiempo sin que se le presentase

OGAÑO.



Hoy que á todos se juzga por el traje,
del *tailleur* hemos hecho un personaje.

una ocasion propicia para satisfacer su curiosidad.

Una noche, durante la cual el boticario no apartaba las miradas de Anselmo, éste resbaló á lo largo de la pared y cayó en tierra desplomado: había perdido el conocimiento, pues hacia muchas horas que no tomaba alimento alguno.

Salió presuroso de su tienda el boticario, y cargó con el desdichado zapatero: despues volvió á entrar en el pequeño despacho en donde vendía sus drogas.

Lo primero que hizo fué aplicar á la nariz de Anselmo un frasco de cristal, frasco que, á no dudarlo, contenía álcali volátil.

Anselmo despertó estornudando, y no preguntó *en donde estaba*, porque no era curioso.

En cambio, la curiosidad de su bienhechor era cada vez más grande.

Á fuerza de preguntas logró al cabo su objeto.

Cuando supo que Anselmo había ido á la corte en busca de la fortuna, á consecuencia de un sueño que había tenido, prorumpió en grandes carcajadas.

— ¡ Buen hombre! — le dijo al zapatero — ¡ sois un visionario, y como tal, merecedor de compasion! Por de pronto, os daré de comer, que buena falta os hace, y luego os aconsejaré que os volvais á Gra-

nada, al lado de vuestra esposa, que os estará esperando con impaciencia.

Ante algunas viandas que le presentó el boticario Anselmo sintió una alegría inmensa.

Satisfecha su hambre, exhaló un suspiro de satisfacción.

Después, como hombre agradecido, demostró con atentas frases su reconocimiento.

— Nada tenéis que agradecerme — añadió el boticario. — Deber de todo cristiano es socorrer al necesitado. Haréis noche en mi casa, y mañana al ser de día emprenderéis el camino de Granada; yo os daré algún dinero para que podáis hacer el viaje. Pero ¿qué os pasa?... ¿Parece que os entristece lo que os digo?...

En efecto, el animado semblante de Anselmo se había cambiado de repente en triste y abatido.

— No puedo negar lo — respondió el zapatero. — He estado quedado triste, porque solamente obligado por la necesidad renunciaré á permanecer en Madrid. ¡Oh! ¡Mi sueño! ¡mi dulce sueño!...

— ¡Quién diablos hace caso de sueños! — gritó el boticario. — Habiéis de saber que yo también tuve un sueño parecido al vuestro, y sin embargo, no he hecho el menor caso de él. Soñé, como vos, que se me aparecía un ángel, el cual me mandaba hacer un viaje á Granada. «Vé allá, me decía, y en el Albaicín, en una ruinoso casa que reconocerás fácilmente, porque en uno de sus muros hay pintada una cabra, encontrarás un tesoro, un tesoro capaz de dejar satisfecho al mayor avaro. Ese tesoro le encerró allí en tiempos de la reconquista, haciendo ánimo de volver en seguida por él, un valiente del rey Chico, último monarca moro de Granada. Golpea con un mazo en la cabra, y en seguida verás correr un río de oro á tus pies.» Este soñé — prosiguió el boticario — y á pesar de la coincidencia que existe entre vuestro sueño y el mío, continúo burlándome de semejantes necesidades.

Trabajo le costó á Anselmo poder disimular su alegría.

Ya no le quedaba duda alguna de que iba á tocar la realidad: todo lo que estaba sucediendo era providencial.

III.

Al ser de día se despidió del de las drogas, que le dió algun dinero, y con buen ánimo, y más gozoso que nunca, emprendió el camino de su patria.

Cuando se vió en ésta, cuando estuvo en presencia de su mujer, exclamó:

— ¡Da gracias á Dios! ¡Ya somos ricos!

Creyó Dorotea que su marido se había vuelto loco.

Anselmo se había quedado extático frente á la cabra, y la contemplaba con ojos chispeantes, y no cesaba de pronunciar palabras ininteligibles.

Llegada que fué la noche, el zapatero cerró cuidadosamente la puerta de su vivienda, y diciendo: «¡Ha llegado el momento!» agarró el martillo que tanta fuerza había machacado, y empezó á descargar grandes golpes en la cabra.

Al principio se desprendieron de ésta algunos pedazos de yeso, después cayeron otros pedazos de ladrillo, y por último, el zapateril instrumento tropezó con una tabla.

Este obstáculo cayó también, y después, ¡oh! después, infinidad de brillantes monedas de oro fueron á parar con són argentino á los pies de Anselmo.

Dorotea lanzaba exclamaciones de asombro.

El zapatero no decía nada: continuaba desenterrando monedas y más monedas, tanto que el tesoro parecía inagotable.

— ¡Qué entrañas tan ricas tenía la cabra! — exclamó al fin, metiendo la mano en el agujero, y arrojando las últimas monedas.

Luégo rellenó el hueco que había quedado con tierra y los pedazos de ladrillo, y extendiendo por encima una capa de yeso, oscureció ésta con agua y betún, única pintura de que podía disponer: aquel parece, ó como quiera llamarse, aún se destaca en la actualidad en el vientre de la mal dibujada cabra, conforme llevamos dicho.

IV.

Astuto como zorro viejo era el buen Anselmo, y más previsora que lo hubiera sido otro cualquiera en su caso.

Después de esconder bien su amado tesoro continuó viviendo durante mucho tiempo con apariencias de pobreza; sin embargo, á puerta cerrada se daba muy buena vida en compañía de su mujer.

Un día anunció á sus amigos y conocidos que iba á abandonar á Granada, para ver si en otra parte lograba alcanzar mejor fortuna.

Á nadie llamó la atención que hubiese comprado un mal caballo, ni que sobre los lomos de éste llevase atados dos fuertes cajones, en los cuales, según decía, llevaba las herramientas de su trabajo.

Puesto en camino con su mujer, tuvo grandes zozobras y sobresaltos hasta llegar al término de su viaje, hasta llegar á la villa del oso y del madroño.

Su buena fortuna quiso que no tropezase con ninguna de las infinitas cuadrillas de malhechores que por aquel tiempo infestaban los caminos, y al fin entró en Madrid con Dorotea, el caballo y los dos cajones.

Bien aposentado ya, vistió galas, ciñó espada, y fué á ver al boticario, á quien, en honor de la verdad, debía la posesión del tesoro.

Nadie hubiera reconocido entónces en aquel brillante caballero al harapiento remendon de otro tiempo, á quien el hambre había hecho caer desvanecido sobre los guijarros de una calle.

Entró Anselmo en la botica con arrogante apertura, y sin darse á conocer, pidió una medicina para la tos.

Lo de la medicina era un pretexto; pero lo cierto es que le argüía la conciencia y deseaba recomponer de algun modo los beneficios de que era deudor al boticario, con el cual no se resolvía á partir el tesoro.

Diéronle la medicina, y él, á su vez, entregó al

farmacéutico un repleto bolsón, diciéndole que lo gastase á su salud, pues volvía riquísimo de las Indias y tenía por costumbre recompensar generosamente á todos aquellos que le prestaban algun servicio.

No se hizo de rogar el boticario, y guardó el bolsón.

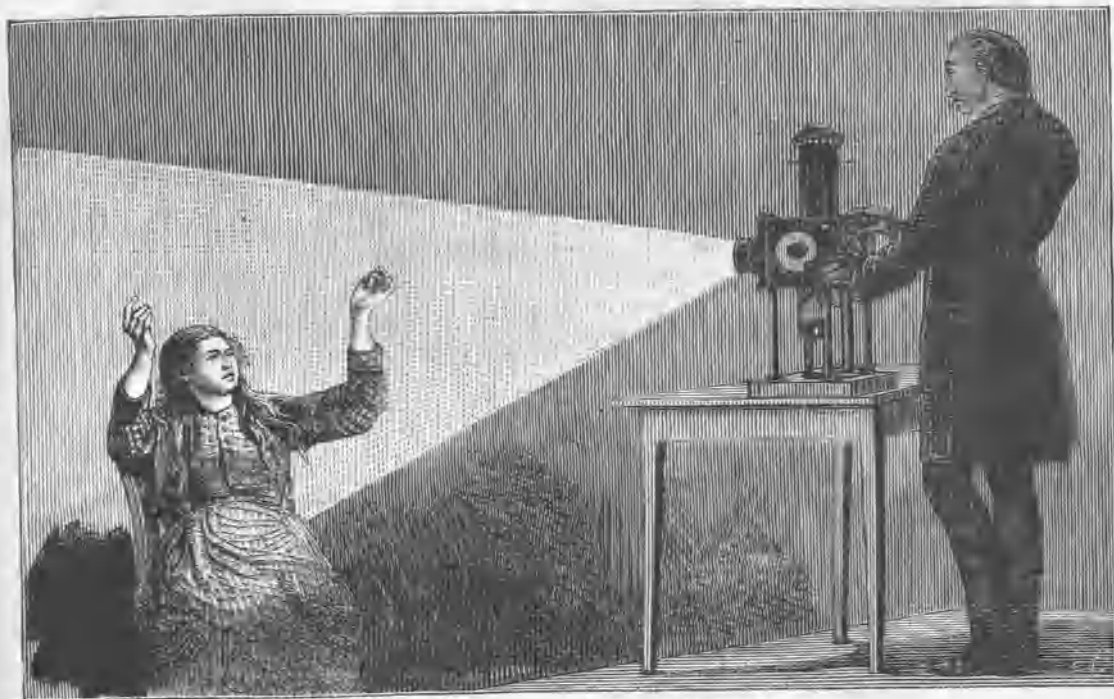
Andando el tiempo, el héroe de nuestra historia no se contentó con pasar buena vida y tener á su disposición mucho oro; quiso ser noble.

Facilitóle el dinero lo que deseaba, y tuvo una brillante ejecutoria, con su correspondiente sacudo de armas.

Vefase en éste un martillo, pues Anselmo no quería renegar enteramente de su antiguo oficio, y una cabra con cuernos de oro sobre campo azul.

Anselmo y Dorotea murieron sin haber tenido hijos, y su herencia sirvió para edificar un convento.

LEO DE S.



CATALEPSIA POR LA LUZ ELÉCTRICA.

EL SONAMBULISMO Y EL MAGNETISMO.

Los adeptos del espiritismo, de las mesas giratorias, etc., etc., no han cesado de existir, y conocemos más de uno que no cedería ante nada más bien que renunciar á creer.

El fin del pasado siglo y el principio del presente se han marcado por una manía, un furor de magnetismo.

Un médico de Viena, Mesmer, llegó á París en 1778, y pocos hombres han obtenido un éxito semejante: se cuenta que magnetizó más de 8.000 enfermos.

Pero á pesar de tan gran éxito, los desengaños fueron aún más rápidos: una comisión compuesta de miembros de la Academia de Medicina y de la Academia de Ciencias vino á destruir el prestigio de la nueva ciencia.

La teoría de Mesmer reposaba en la existencia de un fluido universalmente extendido, cuya sutilez no permite ninguna comparación susceptible de recibir, de comunicar y de propagar todas las impresio-

nes del movimiento sometido á oscilaciones de flujo y reflujo, de aumento y de disminución.

Este fluido ha sido denominado magnetismo animal.

Mesmer reconocía al citado fluido la propiedad de curar inmediatamente las enfermedades de los nervios y mediatemente las otras.

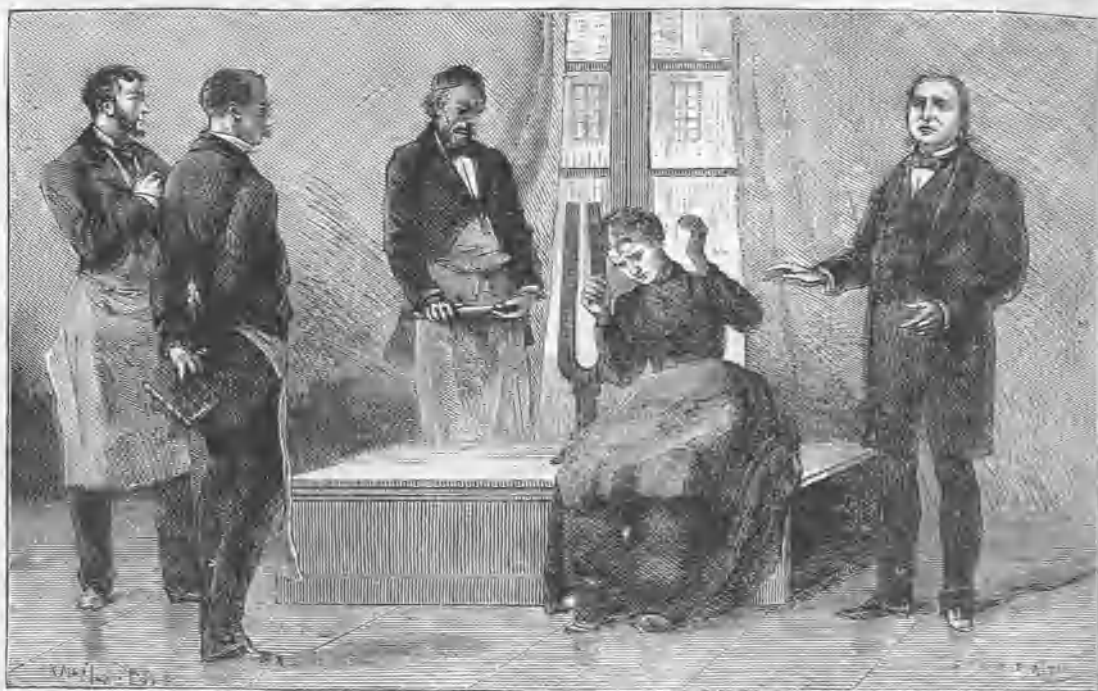
El Dr. Dechambre escribió un artículo que es una refutación en regla de todas esas supercherchas.

Sobre ciertos puntos, Dechambre ha ido demasiado lejos.

Ciertos hechos no subsisten, mas y si es necesario dejar en la sombra esas teorías pseudo-científicas, es bueno sacar de los hechos, de su estudio, lo que haya que sacar de ellos.

Eso es lo que ha procurado hacer el profesor Charcot; haciendo abstracción de lo que se había escrito y pensando sobre el sonambulismo, la catalepsia, en una palabra, sobre todos esos estados extraños y que parecen en el primer momento inverosímiles, al médico de la Salpêtrière ha querido estudiar su estado patológico.

Monseñor Charcot ha demostrado en su curso que



CATALEPSIA POR EL SONIDO.

ciertas histéricas pueden, bajo influencias variables, caer en un estado de sonambulismo y de catalepsia.

Se coloca una enferma ante un foco de luz intenso (luz eléctrica, luz Drummond) fija la mirada en este foco. Al cabo de algunos segundos ó algunos minutos, la enferma se queda inmóvil, la vista fija, acometida de catalepsia.

Si entónces, en un momento dado, se interrumpe bruscamente la impresión de los rayos luminosos, bien por medio de una pantalla, bien cerrando los párpados de la enferma, la catalepsia da lugar á un estado de letargia, de sonambulismo, de sueño provocado.

Si se interpela vivamente á la enferma sumergida en este estado letárgico, se la ve levantarse, avanzar hácia la persona que la ha interpelado y ejecutar diversos movimientos combinados, como la escritura, la costura, etc.

Bastante despues es cuando se ven revelarse los síntomas invocados por los magnetizadores; la enferma puede responder, á veces, á las preguntas que se le hacen.

No hay necesidad de una luz; el sonido producido por un diapason ó una campana puede provocar también la aparición de la crisis.

Este estado letárgico cesa tan súbitamente como aparece, con la mayor facilidad; basta con soplar á la cara de la enferma.

La letargia desaparece, hay una apariencia de convulsión ligera, y la enferma sale de su sueño sin el menor recuerdo de lo que ha pasado.

Todos estos hechos, bien observados, tienen un interés considerable.

Todo el mundo ha visto ó puede ver hechos semejantes.

Hay un experimento sencillo y fácil; he lo aquí. Tómese una gallina y póngase la cabeza contra el suelo.

Trácese delante del pico de la gallina una línea recta de 50 á 60 centímetros.

Al cabo de un instante, suéltese la gallina; se encuentra en un estado vecino á la catalepsia, sin ningún movimiento pertinaz, con el pico en tierra y los ojos dirigidos sobre la línea blanca.

Hasta ahora, M. Charcot no da ninguna explicación científica de semejantes fenómenos; por lo tanto, mientras el mundo ses mundo, creemos que existirán siempre fanáticos de lo maravilloso y creyentes muy felices en dejarse engañar.

Solucion al jeroglífico del número anterior.

Entre unas nunca metas tus pulgares.

SUMARIO.

GRABADOS.—Portada de la Iglesia de Santa María del Mar, en Barcelona.—Las segadoras.—Mistrica nocturna.—Antaño y ogaño.—Catalepsia por la luz eléctrica.—Catalepsia por el sonido.—Varios dibujos pertenecientes á las novelas.
 TEXTO.—Los Misterios del Bosque Virgen, por Luis Boumenard.—El Bandoero, ó una boda en las Montañas, por Mayne-Reld.—El Sargento Federico, por Breckmann-Chartran.—Portada de la Iglesia de Santa María del Mar, en Barcelona.—El castillo de Fonterrada, por D. Antonio de San Martín.—Las segadoras.—La nocturna pintada.—Los sueños gemelos, por Luis de S.—El sonambulismo y el magnetismo.—Solucion al jeroglífico.